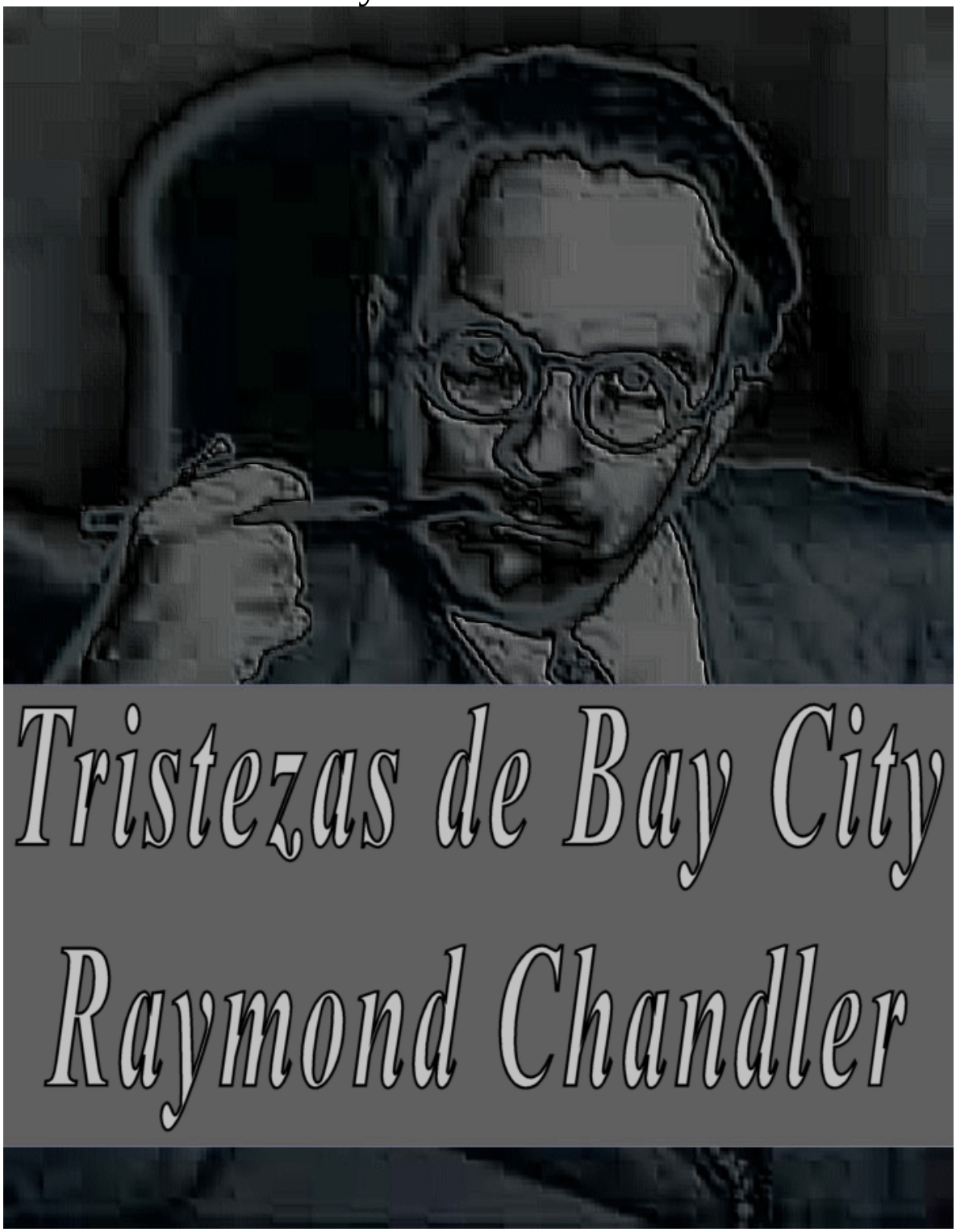
Tristezas de Bay City
Raymond Chandler



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL SUICIDIO DE CENICIENTA

Debía de ser viernes porque el olor a pescado de Mansion House, la cafetería de al lado, era abrumador. Al margen del olor, se trataba de un bonito y cálido día de primavera, a última hora de la tarde, y desde hacía una semana no tenía un solo cliente. Había apoyado los tacones de los zapatos en el borde del escritorio y me bronceaba los tobillos con un fragmento de sol cuando sonó el teléfono. Me quité el sombrero y bostecé a través del micrófono del teléfono.

-Te he oído -respondió una voz-. Johnny Dalmas, debería darte vergüenza. ¿Has oído hablar del caso Austrian?

Era Violets M'Gee, un detective de la brigada de homicidios de la oficina del sheriff y un tío muy simpático si exceptuamos una pésima costumbre: pasarme casos en los que me sacudían y con los que no ganaba lo suficiente para comprarme un chaleco antibalas de segunda mano.

-No.

-Son esas cosas que ocurren en la playa..., en sitios como Bay City. Me han dicho que el municipio se enfadó la última vez que eligieron alcalde, pero el sheriff vive allí y nos gusta ser amables. Todavía no nos hemos dejado caer por esos lares. Dicen que los de las apuestas pusieron treinta mil de los grandes para la campaña, así que ahora con el menú de las hamburgueserías te dan un boleto de apuestas.

Volví a bostezar.

-Te he oído -chilló M'Gee-. Si no te interesa, me morderé el otro pulgar y olvidaré este asunto. El tío dice que tiene pasta.

-¿Qué tío?

-Matson, el que encontró el fiambre.

-¿Qué fiambre?

-¿No sabes nada de nada del caso Austrian?

-¿He dicho eso?

-Lo único que has hecho ha sido bostezar y preguntar «qué». En fin, dejaremos que se carguen al pobre infeliz, que ahora está en la ciudad, y que la brigada de homicidios haga su trabajo.

-¿Te refieres a Matson? ¿Quién se lo quiere cargar?

-Si lo supiera, no estaría interesado en contratar a un detective para averiguarlo, ¿eh? Estaba en lo mismo que tú hasta que hace unos días le dieron una paliza y ahora apenas sale porque unos tíos armados lo acosan.

-Ven a verme -propuse-. Se me ha cansado el brazo izquierdo.

-Estoy de guardia.

-Me disponía a bajar a comprar una botella de buen escocés.

-Cuando oigas llamar a la puerta, seré yo -replicó M'Gee.

Se presentó en menos de media hora. M'Gee era un hombre fornido, de rostro afable, pelo canoso, mentón con hoyuelo y una boca diminuta ideal para besar bebés. Vestía traje azul bien planchado, zapatos brillantes de puntera cuadrada y sobre su tripa se veía un diente de alce que colgaba de una cadena de oro.

Se sentó con cuidado, como hacen los gordos, quitó el tapón a la botella de whisky y lo olisqueó para cerciorarse de que yo no había rellenado una botella de buena marca con alcohol de alta graduación, como suelen hacer en los bares. Se sirvió un trago generoso, lo paladeó con la lengua y registró mi despacho con la mirada.

-No me extraña que te falte trabajo. Hoy en día hay que tener una buena imagen.

-No me fastidies -repliqué-. ¿Qué pasa con Matson y el caso Austrian?

M'Gee vació el vaso y se sirvió otro trago, aunque más discreto que el anterior. Me miró

mientras yo jugueteaba con un cigarrillo.

-Se trata de una muerta por monóxido de carbono -dijo-. Me refiero a una tía rubia de apellido Austrian, esposa de un médico de Bay City. Un tipo que hace la ronda nocturna y que evita que las estrellas cinematográficas desayunen pesadillas. La señora salió por su cuenta. La noche que la palmó había ido al club de Vance Conried, el que está en el acantilado del norte. ¿Lo conoces?

-Sí. Antes era un club de mar, con una bonita playa privada, y delante de las cabañas podías ver pasar las piernas más espectaculares de Hollywood. ¿Fue al club a jugar a la ruleta?

-En el caso de que en este distrito existieran garitos -dijo M'Gee-, yo diría que el Club Conried es una casa de juego y que hay mesas de ruleta. Digamos que la señora jugó a la ruleta. Me han dicho que con Conried compartía juegos más personales, pero supongamos que además jugaba a la ruleta. Perdió, que es para lo que sirve la ruleta. Aquella noche perdió hasta la camisa, se enfadó y no te imaginas la que armó. Conried la llevó a su habitación y telefoneó al médico, su marido, a través del servicio de urgencias. Entonces el médico...

-Espera un momento -lo interrumpí-. No me dirás que todo esto puso en evidencia... a la asociación ilegal de apuestas que tendríamos en este distrito si es que aquí existiera semejante asociación.

M'Gee me miró compasivo.

-El hermano pequeño de mi esposa trabaja para un periodicucho. No hubo investigación. El médico fue deprisa al Club Conried y le puso una inyección endovenosa a su esposa para que se calmara. No pudo llevársela a casa porque tenía una urgencia en Brentwood Heights. Vance Conried se tomó la molestia de sacar su coche y trasladarla a casa. Entretanto, el médico telefoneó a la enfermera de la consulta y le pidió que fuera a su casa y comprobase si su esposa estaba bien. Hecho todo esto, Conried volvió a sus fichas, la enfermera metió a la rubia en la cama y se fue, y la criada volvió a acostarse. Era medianoche o poco más. A eso de las dos, Harry Matson pasó por casualidad. Dirige un servicio de vigilancia nocturna y esa noche hacía personalmente las rondas. En la calle donde viven los Austrian oyó que un motor de coche estaba encendido dentro de un garaje a oscuras y se acercó a investigar. Encontró a la rubia en el suelo, boca arriba, con un pijama provocativo, escarpines y el pelo cubierto de carbonilla del tubo de escape.

M'Gee hizo una pausa para beber otro trago de whisky y echar un nuevo vistazo a mi despacho. Vi que los últimos rayos del sol escapaban por el alféizar de la ventana y caían en la oscura hendedura del callejón.

-¿Y qué hizo el sereno? -prosiguió M'Gee después de secarse los labios con un pañuelo de seda-. Decidió que la tía estaba muerta, lo que tal vez fuera cierto, aunque en los casos de intoxicación por gas no se puede estar seguro, sobre todo por el nuevo tratamiento con azul de metileno...

-¡Ya está bien! -exclamé-. ¿Qué hizo?

-No llamó a la policía -respondió M'Gee severamente-. Apagó el motor del coche y la linterna y se largó a su casa, a pocas manzanas. Desde allí llamó al médico y un rato después fueron juntos al garaje. El médico declaró que estaba muerta. Por una puerta de servicio envió a Matson a que llamase al jefe local de policía a su casa. Matson lo hizo y un rato después el jefe se presentó con un par de comparsas; más tarde llegó el empresario de la funeraria, que esa semana estaba de guardia como forense en funciones. Se llevaron a la muerta, alguien de laboratorio le sacó una muestra de sangre y dijo que estaba atiborrada de monóxido de carbono. El forense firmó la autorización, cremaron a la señora y se dio carpetazo al asunto.

-¿Y qué pasa? -quise saber.

M'Gee acabó su segunda copa y pensó en tomar una tercera, pero decidió que antes se fumaría un cigarro. Yo no tenía puros, lo que le cayó mal, pero al final encendió uno de los suyos.

-No soy más que un policía -reconoció y parpadeó lentamente en medio del humo-. No sé qué pasa. Lo único que sé es que a Matson le quitaron la licencia y lo ahuyentaron de la ciudad y ahora está asustado.

-A la mierda con todo. La última vez que me metí en un montaje de una ciudad pequeña acabé con fractura de cráneo. ¿Cómo puedo contactar con Matson?

-Le di tu teléfono. Ya se pondrá más tarde en contacto contigo.

-¿Lo conoces bien?

-Lo suficiente para darle tus datos -respondió M'Gee-. Claro que si aparece algo que yo tenga que...

-Por supuesto -lo interrumpí-. Lo dejaré sobre tu escritorio. ¿Bourbon o de centeno?

-¡Vete al cuerno! ¡Escocés!

-¿Qué pinta tiene Matson?

-Es de complexión mediana, metro setenta, unos setenta y siete kilos, pelo canoso.

M'Gee bebió otro trago corto y rápido y se fue.

Estuve sentado una hora y fumé demasiado. Cayó la noche y noté que tenía reseca la garganta. Nadie me telefoneó. Me puse en pie, encendí la luz, me lavé las manos, me serví un dedo de whisky y guardé la botella bajo llave. Era hora de cenar.

Me había puesto el sombrero y estaba a punto de franquear la puerta cuando por el pasillo avanzó un recadero de Green Feather que consultaba los números de las puertas. Buscaba la de mi despacho. Firmé la entrega de un paquete pequeño, irregular y envuelto en ese tipo de papel fino y amarillo que utilizan las lavanderías. Dejé el paquete sobre el escritorio y corté el cordel. Contenía papel de seda y un sobre con una hoja y una llave chata. La nota decía secamente:

Un amigo de la oficina del sheriff me dio su nombre y me dijo que podía confiar en usted. He sido un sinvergüenza, estoy en un aprieto y lo único que me interesa es quedar limpio. Por favor, venga de noche al 524 Tennyson Arms Apartments, en Harvard, cerca de la Sexta, y si estoy fuera utilice la llave para entrar. Cuidado con Pat Reel, el encargado, pues no me fío de él. Por favor, guarde el escarpín en sitio seguro y procure que no se ensucie.

P.S.: Lo llaman Violets y nunca supe por qué.

Yo sabía el motivo de ese mote: porque mascaba purificadores del aliento con sabor a violetas. La nota no llevaba firma. Me pareció un asunto sospechoso. Abrí el papel de seda. Contenía un escarpín de terciopelo verde, de tamaño mediano, forrado en cabritilla blanca. La firma *Verschoyle* estaba estampada con letras doradas y floridas en la plantilla, que también era de cabritilla blanca. A un lado, con tinta indeleble, figuraba un número -el *S465-,* en el mismo sitio donde figuraría la talla, pero supe que no era la talla pues la empresa Verschoyle de Cherokee Street, en Hollywood, sólo hacía zapatos a medida a partir de hormas individuales, calzado para artistas de teatro y botas de montar.

Me repantigué, encendí un cigarrillo y pensé un rato. Al final cogí el listín, busqué el número de Verschoyle y lo marqué. El teléfono sonó varias veces hasta que una voz jovial replicó:

-Dígame.

-Quiero hablar con Verschoyle en persona -respondí-. Soy Peters, de la oficina de identificación -no añadí de qué oficina de identificación.

-Lo siento, pero el señor Verschoyle se ha ido a su casa. Por si no lo sabe, la tienda está cerrada. Cerramos a las cinco y media. Soy el señor Pringle, el contable. ¿Puedo hacer algo?...

-Sí. Encontramos un par de zapatos fabricados por su empresa junto a una mercancía robada. En el interior se lee ese-cuatro-seis-cinco. ¿Significa algo para usted?

-Sí, desde luego, es el número de una horma. ¿Quiere que la busque?

-Si fuera tan amable...

El señor Pringle regresó en un santiamén.

-Sí, desde luego, es el número de la señora de Leland Austrian, del setecientos treinta y seis de Altair Street, en Bay City. Le hacíamos los zapatos. Ya lo creo, es una pena. Hace dos meses le confeccionamos dos pares de escarpines de terciopelo color esmeralda.

-¿Por qué dice que es una pena?

-¿No se ha enterado? La señora ha muerto, se suicidó.

-Vaya, vaya. ¿Ha dicho dos pares de escarpines?

-Exactamente. Dos pares iguales. Suelen encargar pares dobles cuando se trata de zapatos de colores delicados. Ya sabe, cualquier manchita... y como los piden para que hagan juego con determinada vestimenta...

-Se lo agradezco. Cuídese -respondí, y colgué. Volví a levantar el escarpín y lo examiné con sumo cuidado. No estaba estrenado. No había indicios de roce en la piel aterciopelada de la delgada suela. Me pregunté qué hacía Harry Matson con ese zapato. Lo guardé en la caja fuerte del despacho y salí a cenar.

ASESINATO DE IMPROVISO

El Tennyson Arms era un edificio chapado a la antigua, de unas ocho plantas y revestido de ladrillo rojo oscuro. Contaba con un ancho patio central decorado con palmeras, una fuente de cemento y varios arriates de flores muy repipis. Junto a la puerta gótica había faroles y el interior del vestíbulo estaba recubierto de felpa roja. Era grande y estaba vacío, salvo por un canario que se aburría en una jaula dorada del tamaño de un barril. Semejaba el tipo de bloque de pisos habitado por viudas que viven de los seguros de vida, es decir, viudas no muy jóvenes. El ascensor era automático, de los que al detenerse se abren las dos puertas.

Caminé por la estrecha alfombra marrón del pasillo de la quinta planta y no vi ni oí a nadie, ni percibí el olor a comida. Todo estaba tan tranquilo como el despacho de un ministro. El apartamento 524 debía dar al patio central, pues junto a la puerta había una vidriera. Llamé suavemente y, como nadie respondió, saqué la llave chata, entré y cerré la puerta.

El espejo brillaba en la cama de pared que había al otro lado de la estancia. Las dos ventanas de la misma pared de la puerta de entrada estaban cerradas y a medio cubrir por cortinas oscuras, pero se filtraba suficiente luz de algún apartamento del otro lado del patio para discernir la existencia de muebles pesados y recargados, que hacía diez años habían pasado de moda, y el brillo de dos pomos de bronce que correspondían a sendas puertas. Me acerqué a las ventanas, cerré las cortinas y encendí la linterna para regresar a la puerta. El interruptor encendió un ramillete de velas color llama de la araña. La estancia adquirió el aspecto del anexo de una funeraria. Di la luz a una lámpara de pie roja, apagué la araña y examiné la habitación con toda precisión.

En el estrecho cuarto de vestir situado detrás de la cama de pared había una cómoda empotrada que contenía un cepillo y un peine negros; en el cepillo había algunas canas. También contenía un bote de talco, una linterna, un pañuelo de hombre arrugado, un bloc de papel de carta, una estilográfica de un banco y un frasco de tinta sobre el papel secante: los cajones contenían lo mismo que cabía en una maleta. Las camisas fueron compradas en una tienda de artículos para caballero de Bay City. De la percha colgaba un traje gris marengo y en el suelo había un par de zapatos gruesos de color negro. En el cuarto de baño encontré una maquinilla de afeitar, un tubo de crema de afeitar sin brocha, varias cuchillas, tres cepillos de dientes -de bambú- metidos en un vaso y unas pocas cosillas más. Sobre la cisterna del lavabo había un libro encuadernado en tela roja: *Por qué nos comportamos como seres humanos,* de Dorsey. En la página 116 había una banda elástica. Lo abrí y estaba leyendo algo sobre la evolución de la tierra, la vida y el sexo, cuando en la sala sonó el teléfono.

Apagué la luz del cuarto de baño y caminé hasta el sofá. El teléfono estaba en un extremo, sobre una mesilla. Siguió sonando y, a modo de respuesta, en la calle se oyó un bocinazo. Después de ocho timbrazos me encogí de hombros y lo descolgué.

-¿Pat? ¿Pat Reel? -preguntó una voz.

Ignoraba cómo hablaba Pat Reel. Gruñí. La voz sonaba seca y tajante a la vez. Parecía ser la de un matón.

-¿Pat?

-Claro -dije.

Reinó el silencio, pero la comunicación no se interrumpió. La voz añadió:

-Soy Harry Matson. Lamento mucho no haberlo conseguido esta noche, pero surgieron imponderables. ¿Estás muy cabreado?

-Claro.

-¿Qué has dicho?

-Claro.

-Por favor, ¿«claro» es la única palabra que conoces?

-Soy griego -oí una carcajada que parecía de satisfacción-. Harry, ¿qué tipo de cepillos de dientes usas?

-¿Qué?

Fue un sobresaltado estallido del aliento, que ya no era de tanta satisfacción.

-Sí, cepillos de dientes, esos palitos con los que algunas personas se limpian los dientes. ¿Cómo son los que usas?

-Venga ya, vete a la mierda.

-Nos veremos en la puerta -respondí. La voz se puso furiosa:

-¡Escucha, no te pases de listo! No te servirá de nada, ¿entiendes? Tenemos tu nombre, tu número y un sitio donde encerrarte si no te mantienes al margen, ¿comprendido? Ah, Harry ya no vive allí. ¡Ja, ja!

-¿Te lo cargaste?

-Yo diría que nos lo cargamos. ¿Qué crees que hicimos, llevarlo al cine?

-Pues está muy mal -aseguré-. Al jefe no creo que le guste mucho.

Le colgué en las narices, dejé el teléfono sobre la mesilla contigua al sofá y *me* froté la nuca. Saqué la llave del bolsillo, la limpié con el pañuelo y la deposité silenciosamente sobre la mesa. Me incorporé, me acerqué a una de las ventanas y abrí lo suficiente la cortina para mirar hacia el patio. Al otro lado del rectángulo adornado con palmeras, en la misma planta en la que yo me encontraba, un calvo estaba sentado en el centro de una habitación, bajo una luz brillante, y no movió un solo músculo. No me pareció un espía.

Dejé caer la cortina, me calé el sombrero, me acerqué a la lámpara y la apagué. Apoyé la linterna en el suelo, cubrí el picaporte con el pañuelo y abrí la puerta sin hacer ruido.

Agarrado al marco de la puerta por ocho dedos como garfios, que, salvo uno, estaban pálidos como la cera, pendía lo que quedaba de un hombre.

Tenía los ojos ligeramente hundidos, de color azul claro y abiertos de par en par. Me miró sin verme. Su pelo canoso grueso hacía que la sangre derramada pareciese de color morada. Una de sus sienes estaba destrozada y el hilillo de sangre le llegaba hasta la punta de la barbilla. El único dedo que no estaba blanco se veía hecho añicos hasta la segunda articulación. En medio de la carne despedazada asomaban afiladas astillas de hueso. Algo que con anterioridad había sido una uña semejaba una irregular astilla de cristal.

El hombre vestía un traje marrón con bolsillos de parche, tres en total. Estaban rasgados, colgaban de manera peculiar y dejaban ver el forro de alpaca.

El hombre respiraba con un siseo remoto y sin importancia, cual pisadas lejanas sobre hojas secas. Tenía la boca forzadamente abierta como la de un pez y echaba espumarajos sanguinolentos. A sus espaldas el pasillo estaba tan vacío como una fosa recién cavada.

Unos tacones de goma chirriaron súbitamente en el estrecho espacio de madera que se extendía junto a la alfombra del pasillo. Los tensos dedos del hombre soltaron el marco de la puerta y le fallaron las rodillas. Las piernas no podían sustentar el peso del cuerpo. Las cruzó en forma de tijera, el cuerpo se volvió como el de un nadador en una ola y cayó sobre mí.

Apreté los dientes, separé los pies y lo cogí por detrás, después de que el cuerpo trazara medio giro. Pesaba lo suficiente para que lo sujetasen dos hombres. Di un paso atrás y estuve a punto de caer; retrocedí dos pasos más y logré apartar del umbral sus pies relajados. Lo acosté de lado lo más despacio que pude y me agaché sin resuello a su lado. Segundos después me erguí, caminé hasta la puerta, la cerré y eché el pestillo. Encendí la araña y me dirigí al teléfono.

El hombre murió antes de que yo levantase el auricular. Oí su último estertor, un postrer suspiro y después silencio. Su mano extendida, la sana, se contrajo una vez; los dedos se estiraron lentamente hasta formar una curva y así quedaron. Regresé a su lado y le hundí los dedos en la carótida. No percibí el menor atisbo de vida. Saqué de la cartera un pequeño espejo de acero y lo sostuve delante de su boca abierta durante más de un minuto. Cuando lo retiré no había rastros de humedad. Harry Matson había vuelto a casa después de un largo paseo.

Al otro lado de la cerradura se movió una llave y reaccioné deprisa. Cuando la puerta se

abrió, yo estaba en el cuarto de baño, con un arma en la mano y los ojos pegados a la rendija de la puerta.

El individuo que entró lo hizo rápidamente, del mismo modo que un gato sabio franquea una puerta de batiente. Dirigió la mirada a la araña y luego al suelo. Después sus ojos no se movieron. No movió ni un solo músculo de su corpachón. Simplemente permaneció de pie y miró a su alrededor.

Era un tipo corpulento que llevaba el abrigo desabrochado, como si acabara de entrar o estuviera a punto de salir. Lucía un sombrero de fieltro gris en la coronilla, sobre la tupida cabellera blanca cremosa. Poseía las cejas gruesas y negras y el rostro ancho y rosado de los políticos de altos vuelos; su boca era de las que habitualmente exhiben una sonrisa, aunque en ese momento no la esbozaba. Su cara era huesuda y entre los labios apretaba un cigarro a medio fumar.

Se guardó un montón de llaves en el bolsillo y varias veces repitió en voz baja: «¡Dios!». Avanzó un paso y con movimientos lentos y torpes se agachó junto al muerto. Apoyó sus dedos largos en el cuello del finado, los retiró, meneó la cabeza y miró parsimoniosamente a su alrededor. Aunque observó la puerta del cuarto de baño, detrás de la cual me ocultaba, su expresión no cambió.

-Acaba de morir -comentó con voz clara-. Lo han hecho polvo.

Se irguió despacio y se balanceó sobre los talones. La araña del techo le gustaba tanto como a mí. Encendió la lámpara de pie, apagó la araña y siguió balanceándose sobre los talones. Su sombra trepaba por la pared del otro lado, cruzaba el techo, se detenía y volvía a caer. Mordisqueó el cigarro, sacó una cerilla del bolsillo y volvió a encender cuidadosamente la colilla, girándola en torno a la llama. Apagó la cerilla y se la guardó en el bolsillo. Hizo todas esas cosas sin apartar la mirada del muerto, que yacía en el suelo.

Se desplazó de lado hasta el sofá y se sentó en una punta. Los muelles chirriaron de mala manera. Cogió el teléfono sin mirarlo, con la vista fija en el fiambre.

Tenía el teléfono en la mano cuando volvió a sonar. Se sobresaltó. Puso los ojos en blanco y pegó los codos a los lados de su cuerpo grueso cubierto por el abrigo. Sonrió, descolgó el teléfono y dijo con voz rica y pastosa:

-Hola... Sí, Pat al habla.

Oí el sonido seco y crujiente de la comunicación y vi que el rostro de Pat Reel se congestionaba lentamente hasta adquirir el color del hígado de ternera. Su manaza sacudió violentamente el teléfono.

-¡Conque es el señor Gran Mentón! -bramó-. Escúchame, cabeza de chorlito, ¿sabes una cosa? Tu fiambre está aquí, en mi alfombra, es aquí donde está... Quieres saber cómo llegó. ¿Cómo coño quieres que lo sepa? Si quieres mi opinión, te lo cargaste aquí. Te diré algo más. Te costará un pastón, ya lo verás, un pastón. No quiero un asesinato de improviso en mi casa. Te encargo que te ocupes de un tío y lo dejas en mis manos. ¡Maldito seas! Quiero mil pavos y ni un centavo menos. Ven a buscar lo que hay aquí. Quiero que te lo lleves. ¿Entendido?

Hubo más chisporroteos en la línea. Pat Reel escuchó. Daba la impresión de que se iba a quedar dormido y el rojo desapareció de su cara. Dijo más tranquilo:

-Vale, vale. Sólo era una broma... Nos veremos abajo dentro de media hora.

Colgó y se puso de pie. No miró hacia la puerta del cuarto de baño ni a ninguna otra parte. Se puso a silbar. Se rascó la barbilla, dio un paso hacia la puerta y se detuvo para volver a rascarse. No sabía si había alguien en el apartamento, no sabía si no había nadie en el apartamento y no iba armado. Dio otro paso hacia la puerta. Gran Mentón le había dicho algo y le convenía salir. Dio un tercer paso y cambió de idea.

-¡Qué coño! -exclamó-. Es un rufián chalado. -Escrutó rápidamente el apartamento con la mirada-. Pretendía tenderme una celada, ¿eh?

Levantó la mano hasta la cadena de la puerta. Súbitamente la dejó caer y volvió a arrodillarse junto al difunto. Movió el cadáver unos centímetros, lo hizo rodar sin esfuerzo por la alfombra y bajó la cabeza para observar el sitio donde había estado la del muerto. Pat Reel meneó la cabeza disgustado, se puso en pie y colocó las manos en las axilas del muerto. Miró por encima del hombro hacia el cuarto de baño a oscuras y retrocedió hacia mí; arrastró el

cadáver y gruñó pese a que aún sostenía el cigarro en los labios. Su pelo cremoso brillaba a la luz de la lámpara.

Seguía inclinado y con las grandes piernas separadas cuando me presenté por detrás. Es posible que a último momento me oyese, pero daba igual. Yo había pasado el arma a mi mano izquierda y con la derecha esgrimía una pequeña porra de bolsillo. Le di un porrazo en la cabeza, justo detrás de la oreja derecha, y lo golpeé como si me encantara.

Pat Reel cayó sobre el cadáver espatarrado que arrastraba y su cabeza quedó entre las piernas del difunto. El sombrero rodó suavemente hacia un lado. No se movió. Le pasé por encima en dirección a la puerta y salí.

EL CABALLERO DE LA PRENSA

En Western Avenue di con una cabina y telefoneé a la oficina del sheriff. Violets M'Gee seguía allí y estaba a punto de irse a su casa.

-¿Cómo se llama tu cuñado, el que trabaja para el periodicucho de Bay City? -pregunté.

-Kincaid. Lo llaman Muñeco Kincaid. Es un buen muchacho.

-¿Dónde puede estar a esta hora?

-Suele estar en el ayuntamiento. Creo que hace la ronda de la policía. ¿Para qué lo quieres?

-He visto a Matson -respondí-. ¿Sabes dónde se hospeda?

-No. Sólo me telefoneó. ¿Qué tal te ha caído?

-Haré lo que pueda por él. ¿Estarás esta noche en tu casa?

-No veo por qué no. ¿Por qué me lo preguntas?

No respondí. Subí al coche y puse rumbo a Bay City. Llegué alrededor de las nueve. El departamento de policía ocupaba seis estancias del ayuntamiento, que pertenecía a una zona de mala muerte. Pasé delante de un corro de lameculos y franqueé una puerta abierta en dirección al sitio donde había luz y un mostrador. En el ángulo vi un tablero de intercambio de artículos entre periódicos y detrás a un individuo de uniforme.

Apoyé un brazo en el mostrador y un tío vestido de paisano, sin chaqueta y con una sobaquera que tenía el tamaño de una pata de palo apartó un ojo del periódico, me preguntó qué quería y acertó en la escupidera sin girar la cabeza más de tres centímetros.

-Busco a Muñeco Kincaid.

-Ha salido a cenar. Yo lo reemplazo -respondió con voz firme y ecuánime.

-Gracias. ¿Hay aquí sala de prensa?

-Sí. También tenemos lavabo, ¿quiere verlo?

-Vayamos despacio -propuse-. No pretendo pasarme de listo en su ciudad. Volvió a darle a la escupidera.

-La sala de prensa está pasillo abajo, pero no hay nadie. Muñeco no tardará mucho, a menos que se haya ahogado en una gaseosa.

Un joven de huesos pequeños, rostro delicado, piel sonrosada y expresión de inocencia entró en la sala, con un bocadillo de hamburguesa a medio comer en la mano izquierda. Su sombrero, igual al de un periodista de película, estaba encajado en la coronilla de su cabeza pequeña y rubia. Llevaba desabrochado el botón del cuello de la camisa y la corbata girada hacia un lado. Las puntas le colgaban sobre la chaqueta. La única pega era que le faltaba estar borracho para representar a un periodista cinematográfico. Preguntó con desenfado:

-Chicos, ¿hay alguna novedad? El fornido hombre de paisano, de pelo negro, volvió a darle a su escupidera personal y replicó:

-Me han dicho que el alcalde se cambió los calzoncillos, pero no es más que un rumor -el joven menudo sonrió mecánicamente y se dio la vuelta. El poli añadió-: Muñeco, este tío quiere verte.

Kincaid tragó un bocado de hamburguesa y me miró ilusionado.

-Soy amigo de Violets -dije-. ¿Dónde podemos hablar?

-Vayamos a la sala de prensa.

El poli de pelo negro me observó mientras salíamos. Puso cara de que tenía ganas de incordiar y de que yo era un buen candidato.

Caminamos por el pasillo hacia el fondo y entramos en una habitación que contenía una mesa larga, vacía y muy arañada, tres o cuatro sillas de madera y un montón de periódicos en el suelo. En un extremo de la mesa había dos teléfonos y en el centro exacto de cada pared una foto cochambrosa y enmarcada de Washington, Lincoln, Horace Greeley y la cuarta no la

reconocí. Kincaid cerró la puerta, se sentó en una punta de la mesa, apoyó una pierna sobre el tablero y acabó el bocadillo.

-Soy John Dalmas, detective privado de Los Ángeles -le expliqué-. ¿Qué tal si damos un paseo hasta el setecientos treinta y seis de Altair Street y me dice lo que sabe del caso Austrian? Quizá sea mejor que telefonee a M'Gee y le pida que nos presente -le entregué mi tarjeta.

El joven sonrosado quitó rápidamente la pierna de la mesa, se guardó la tarjeta en el bolsillo sin mirarla y me habló al oído:

-Calle.

Se acercó despacio a la foto enmarcada de Horace Greeley, la apartó de la pared y apretó un cuadrado de pintura. Éste cedió..., pues era tela pintada. Kincaid me miró y enarcó las cejas, Asentí con la cabeza. Dejó la foto en su sitio y regresó a mi lado.

-Hay un micrófono -dijo en voz baja-. No sé quién escucha ni cuándo, ni siquiera si el maldito aparato funciona o no.

-A Horace Greeley le habría encantado -opiné.

-Seguro. Esta noche todo está muy tranquilo. Supongo que puedo salir. De todos modos Al de Spain me cubrirá. -Habló con tono normal.

-¿El poli de pelo negro?

-El mismo.

-¿Por qué está tan enfadado?

-Porque lo han degradado a policía de patrulla interino. Esta noche ni siquiera trabaja. Se limita a estar aquí y es tan violento que haría falta todo el departamento de policía para echarlo.

Miré hacia el micrófono y fruncí el ceño.

-No se preocupe -dijo Kincaid-. Tengo que darles algo para que piensen.

Se acercó a un sucio lavabo del rincón, se lavó las manos con jabón y se las secó con el pañuelo. Estaba guardándolo cuando se abrió la puerta. Un hombre pequeño, maduro y canoso se detuvo en el umbral y nos miró inexpresivamente.

-Buenas noches, jefe, ¿qué puedo hacer por usted? -preguntó Muñeco Kincaid.

El jefe me observó en silencio y sin entusiasmo. Tenía los ojos color verde mar, la boca apretada y firme, nariz de hurón y un malsano color de piel. No tenía pinta de policía. Asintió ligeramente con la cabeza y preguntó:

-¿Quién es su amigo?

-Es amigo de mi cuñado.. Es detective privado en Los Ángeles. Veamos... -desesperado, Kincaid buscó mi tarjeta, que había guardado en el bolsillo. Ni siquiera se acordaba de mi nombre.

-¿Cómo ha dicho? -preguntó el jefe bruscamente-. ¿Es detective privado? ¿Qué asunto lo trae por aquí?

-Yo no he dicho que esté aquí por un asunto concreto -dije.

-Me alegro -replicó-. Me alegro mucho. Buenas noches.

Abrió la puerta, salió deprisa y dio un portazo.

-Es el jefe Anders, un tío maravilloso -afirmó Kincaid a gritos-. No se puede pedir nada mejor.

El joven me miró con cara de conejo asustado.

-En Bay City nunca han tenido nada mejor -respondí con el mismo vigor.

Por mi cabeza se cruzó la idea de que Kincaid se iba a desmayar, pero no pasó nada. Salimos por la puerta principal del ayuntamiento, subimos a mi coche y nos fuimos.

Estacioné en Altair Street, frente a la residencia del doctor Leland Austrian. No había viento y bajo la luna se percibía una ligera bruma. Un ligero y agradable olor a agua salobre y a algas subía por el acantilado desde la playa. Pequeñas luces de posición iluminaban el puerto deportivo y las líneas trémulas de los tres muelles. Mar adentro, un gran barco pesquero tenía luces colgadas de los mástiles y de los topes de los palos las hileras luminosas bajaban hasta la proa y la popa. Probablemente en cubierta se dedicaban a otras cosas que no eran la pesca.

En esa manzana, Altair Street era un callejón sin salida, quedaba interrumpida por una elevada y decorativa verja de hierro que rodeaba una enorme mansión. Las casas sólo se alzaban en la acera que daba a tierra, en solares de veinticinco o treinta metros, bastante distanciados entre sí. Del lado del mar había una acera estrecha y un muro bajo, más allá del cual el acantilado caía casi a pico.

Muñeco Kincaid estaba arrinconado en el asiento y la colilla roja del cigarrillo brillaba intermitentemente delante de su cara menuda y desdibujada. La casa de los Austrian estaba a oscuras salvo por la pequeña luz situada sobre el reborde en el que se encontraba la puerta principal. Era una casa de estuco, con muro en el jardín delantero, puertas de hierro y el garaje adosado al muro. Una senda de cemento iba desde la puerta lateral del garaje hasta la de servicio de la casa. En el muro, junto a las puertas, estaba atornillada una placa de bronce y supe que decía: *Leland M. Austrian, médico.*

-Muy bien -dije-. ¿Qué pasa con el caso Austrian?

-No pasa nada -respondió Kincaid lentamente-. Pero usted está a punto de meterme en un lío.

-¿Por qué lo dice?

-A través del micrófono alguien debió de oírle mencionar las señas de los Austrian. Por eso el jefe Anders entró a verlo.

-Puede que De Spain dedujera que soy detective, lo

digo por mi aspecto. Tal vez se chivó.

-No, De Spain detesta al jefe. Joder, hasta hace una semana era teniente de detectives. Anders no quiere que nos metamos con el caso Austrian. No nos permitiría escribir sobre el tema.

-Buena prensa tenéis en Bay City.

-Tenemos buen clima... y la prensa no es más que un hato de chivatos.

-De acuerdo -acepté-. Su cuñado es detective de la brigada de homicidios de la oficina del sheriff. Salvo uno, todos los periódicos de Los Ángeles están a favor del sheriff. Es la ciudad en la que vive y, como tantos otros, tiene trapos sucios que podrían salir a la luz. Por eso está asustado, ¿no?

Muñeco Kincaid arrojó la colilla por la ventanilla. La vi trazar un delgado arco rojo y yacer rosada sobre la acera estrecha. Me eché hacia adelante y puse el motor en marcha.

-Le pido disculpas -añadí-. No volveré a molestarlo.

Me lié con las marchas y el coche se deslizó un par de metros hasta que Kincaid se estiró y puso el freno de mano.

-No soy un miedica -puntualizó secamente-. ¿Qué quiere saber?

Apagué el motor y me recosté en el asiento con las manos sobre el volante.

-En primer lugar, ¿por qué le quitaron la licencia a Matson? Es mi cliente.

-Ah... Matson. Se dice que intentó sacarle dinero al doctor Austrian. No sólo le quitaron la licencia, también lo expulsaron de la ciudad. Una noche, un par de tíos armados lo metieron en un coche, le dieron una paliza y le dijeron que se largase o se atuviera a las consecuencias. Lo denunció en la central y las risas se oyeron en varias manzanas. No creo que fueran polis.

-¿Conoce a alguien llamado Gran Mentón?

Muñeco Kincaid pensó.

-No. El chofer del alcalde, un sujeto llamado Moss Lorenz, tiene una mandíbula en la que se puede poner un piano, pero nunca oí que lo llamaran Gran Mentón. En otros tiempos trabajó para Vance Conried. ¿Oyó hablar de Conried?

-De eso estoy al corriente. Si Conried quería deshacerse de alguien que lo molestaba, sobre todo de alguien que le había creado problemas en Bay City, Lorenz sería el tipo ideal porque el alcalde tendría que encubrirlo... al menos hasta cierto punto.

-¿Deshacerse de quién? -preguntó Muñeco Kincaid con tono súbitamente ronco y tenso.

-A Matson no sólo lo expulsaron de la ciudad -expliqué-. Lo siguieron hasta un bloque de apartamentos de Los Ángeles y un individuo apodado Gran Mentón le hizo el viaje. Sin duda Matson seguía trabajando en lo que estaba haciendo antes de que lo echaran.

-¡Caray! -susurró Muñeco Kincaid-. No tenía idea.

-La policía de Los Ángeles tampoco, al menos hasta que yo me fui. ¿Conoció personalmente a Matson?

-Muy poco.

-¿Diría que era un tipo honrado?

-Bueno, tan honrado como..., sí, supongo que era buena persona. Caramba, ¿ha dicho que le hicieron el viaje?

-¿Diría que era tan honrado como suele serlo un detective privado? -insistí.

Rió a causa de la tensión, el nerviosismo y la sorpresa, no por diversión.

Un coche viró al cabo de la calle, se detuvo junto al bordillo y los faros se apagaron. Nadie se apeó.

-¿Qué me dice del doctor Austrian? -pregunté-. ¿Dónde estaba cuando asesinaron a su esposa?

Muñeco Kincaid pegó un brinco.

-Caramba, ¿quién dice que la asesinaron?

-Creo que Matson intentaba decirlo, pero hacía más esfuerzos por intentar que le pagaran por no decirlo que por expresarlo. Sea como fuere, eso le granjeó enemigos y al final se lo cargaron con un trozo de tubo de plomo. Según mi corazonada, es obra de Conried porque no le gusta que alguien lo obligue a pagar, salvo si se trata de un trabajo limpio. Por otro lado, para el club de Conried es mejor que el doctor Austrian asesine a su esposa en lugar de que ella se suicide en virtud de que perdió hasta las bragas en las mesas de ruleta de Conried. Puede que no sea lo mejor del mundo para el club, pero no es tan negativo. Por eso no entiendo que Conried liquidara a Matson por hablar de asesinato. Deduzco que también sacó a colación otro asunto.

-¿Tantas conjeturas le permiten llegar a alguna conclusión? -preguntó amablemente Muñeco Kincaid.

-No. Es algo que hago por la noche, mientras me pongo crema en la cara. Hablemos del tío del laboratorio, el que tomó la muestra de sangre. ¿Quién es?

Kincaid encendió otro cigarrillo y miró hacia el coche que había parado delante de la casa de la esquina. Ahora los faros estaban encendidos y avanzaba lentamente.

-Un tal Greb -dijo el joven-. Tiene un pequeño despacho en el Colegio de Médicos y Cirujanos y trabaja para ellos.

-No es oficial, ¿verdad?

-No, pero aquí no hay analistas de laboratorio. Además, los empresarios de las funerarias hacen turnos semanales para hacer de forenses. El jefe lo lleva como le da la gana.

-¿Y por qué le interesa controlar esto?

-Puede que porque quizá recibe órdenes del alcalde, que a su vez recibe indirectas de los jugadores para los que trabaja Vance Conried o de éste en persona. Quizá Conried no quiere que sus patrones se enteren de que estuvo involucrado en un caso de asesinato, lo que podría desprestigiar al club.

-Exacto -confirmé-. Ese tío que está calle abajo no sabe dónde vive.

El coche seguía avanzando lentamente, pegado al bordillo. Pese a que los faros estaban apagados, no dejaba de moverse.

-Mientras sigo vivito y coleando más vale que sepa que la enfermera de la consulta del doctor Austrian es la esposa de Matson -añadió Muñeco Kincaid-. Es una pelirroja devoradora de hombres que, aunque no es bonita, tiene curvas muy peligrosas.

-Personalmente, las prefiero rellenitas -reconocí-. Bájese del coche, métase en el asiento trasero, tiéndase en el suelo y hágalo deprisa.

-Pero si...

-¡Haga lo que le digo! -ordené-. ¡Muévase!

La portezuela de la derecha se abrió y el hombrecillo escapó como una bocanada de humo. La portezuela se cerró. Oí que se abría la trasera, eché un vistazo hacia atrás y vi una forma oscura agazapada en el suelo del coche. Me deslicé hacia la derecha, abrí la portezuela y salí a la acera estrecha que discurría por el borde del acantilado.

El otro coche estaba muy cerca. Los faros se encendieron y yo me agaché. Las luces se

movieron para iluminar mi coche, se enderezaron, el coche se detuvo enfrente y lentamente quedó a oscuras. Era un pequeño cupé negro. Durante un minuto no pasó nada, luego se abrió la portezuela izquierda y se apeó un hombre fornido que echó a andar hacia mi lado de la calle empedrada. Saqué el arma de la sobaquera, la encajé en el cinturón y me abroché el último botón de la chaqueta. Rodeé la parte trasera de mi coche para ir al encuentro del hombre fornido.

Frenó en seco al verme. Las manos le colgaban vacías a los lados del cuerpo. Llevaba un cigarro en la boca.

-Policía -dijo concisamente. Levantó lentamente la mano derecha hacia la cadera-. Hace una noche bonita, ¿no le parece?

-Fantástica -repliqué-. Hay un poco de bruma, pero a mí me va. Suaviza el ambiente y...

Me interrumpió bruscamente y preguntó:

-¿Dónde está el otro?

-¿Cómo dice?...

-Forastero, no se pase de listo. Vi un cigarrillo en el lado derecho de su coche.

-Era yo -aseguré-. Ignoraba que está prohibido fumar en el lado derecho del coche.

-Venga ya, listillo. ¿Quién es y qué hace aquí? Su rostro grueso y seboso reflejaba la luz tamizada por el aire suave y neblinoso.

-Me llamo O'Brien -respondí-. Acabo de llegar de San Mateo y estoy haciendo un viaje de recreo.

Tenía la mano muy cerca de la cadera.

-Muéstreme su permiso de conducir.

Estaba lo bastante cerca para cogerlo si ambos estirábamos los brazos.

-Antes quiero ver lo que le da derecho a mirar mi carné.

Movió bruscamente la mano derecha. Saqué el arma del cinturón y le apunté a la tripa. Su mano se detuvo como si estuviera congelada en un bloque de hielo.

-Puede que usted sea un atracador -dije-. Todavía se hace el truco con placas de níquel.

El hombre quedó paralizado, casi sin respiración. Preguntó con dificultad:

-¿Tiene licencia para portar ese cacharro?

-Para todos los días de la semana. Si me muestra su placa lo guardaré. No usa el zumbador en el despacho donde pasa el día sentado, ¿verdad?

Siguió inmóvil un minuto más. Luego miró calle abajo como si esperara que apareciera otro coche. A mis espaldas, en la parte trasera de mi vehículo, se oía una respiración suave y sibilante. Ignoro si el hombre fornido la oyó o no. Su respiración era tan pesada como para planchar una camisa.

-Venga ya, déjese de bromas -espetó con súbita violencia-. No es más que un piojoso detective de Los Ángeles.

-He subido de categoría -puntualicé-. Ahora me pagan más.

-¡Váyase a la mierda! Por si no lo sabe, no queremos fisgones en Bay City. Esta vez me limito a advertírselo -dio media vuelta, regresó a su cupé y apoyó el pie en el estribo. Giró lentamente su grueso cuello y una vez más vi su piel grasienta-. Váyase al infierno antes de que lo enviemos a Los Ángeles en un cajón.

-Hasta nunca, Cara Sebosa -respondí-. Encantado de haberlo conocido con los pantalones bajados.

Entró en el cupé, dio un portazo, arrancó violentamente y se alejó. En un abrir y cerrar de ojos se perdió calle abajo.

Subí a mi coche y sólo me aventajaba en una manzana cuando el cara grasienta hizo el stop en Arguello Boulevard. Giró a la derecha. Yo torcí a la izquierda. Muñeco Kincaid se irguió y apoyó el mentón en el respaldo del asiento, junto a mi hombro.

-¿Sabe quién es? -preguntó tembloroso-. Se trata de Gatillo Weems, el brazo derecho del jefe. Podría haberle disparado.

-Y Fannie Brice podría haber tenido la nariz chata -dije-. No faltó mucho para que lo hiciera.

Conduje unas manzanas más y paré para que Kincaid se sentara a mi lado.

-¿Dónde tiene el coche? -pregunté. Cogió su arrugado sombrero de reportero, lo golpeó sobre la rodilla y volvió a calárselo.

-¿Dónde quiere que lo tenga? En el ayuntamiento, en el estacionamiento de la policía.

-¡Qué pena! -exclamé-. Tendrá que coger el autobús a Los Ángeles. De vez en cuando debería pasar una noche con su hermana, sobre todo ésta.

LA PELIRROJA

La carretera serpenteaba, descendía y se encumbraba a lo largo de las estribaciones de las colinas: una dispersión de luces hacia el noroeste y una alfombra luminosa hacia el sur. Desde ese sitio los tres muelles parecían muy lejanos, delgados lápices de luz apoyados en un cojín de terciopelo negro. Había niebla en los cañones y olía a hierbas silvestres, pero no se veía bruma en el terreno elevado entre las gargantas.

Pasé frente a una pequeña y oscura gasolinera que por la noche cerraba, descendí por otro cañón ancho y subí a lo largo de un kilómetro de alambrada que rodeaba una finca invisible. Las casas dispersas quedaron aún más espaciadas en las colinas y percibí un penetrante olor a mar. Giré a la izquierda después de una casa con un blanco torreón redondo y conduje entre las únicas luces que había en varios kilómetros a la redonda hasta un edificio de estuco que colgaba de una punta situada sobre la carretera de la costa. La luz se filtraba desde las ventanas con cortinas, a lo largo de la columnata de estuco con arcos y brillaba débil en un nutrido grupo de coches estacionados en diagonal alrededor del jardín ovalado.

Se trataba del Club Conried. No sabía exactamente qué haría allí, pero me pareció que debía visitarlo. El doctor Austrian seguía deambulando por barrios desconocidos y visitaba pacientes anónimos. En el servicio médico de urgencias me informaron que solía llamar alrededor de las once. Eran las diez y cuarto.

Estacioné y crucé la columnata. Un negro de metro ochenta, con uniforme de mariscal de campo digno de una ópera bufa sudamericana, abrió la mitad de una ancha puerta enrejada y dijo:

-Señor, su tarjeta, por favor.

Dejé caer un dólar en la palma de su mano color lila. Enormes nudillos de ébano rodearon el billete como una línea de arrastre sobre un cubo de guijarros. Con la otra mano me quitó una pelusa de la hombrera izquierda y colocó una placa de metal detrás del pañuelo que adornaba el bolsillo de mi chaqueta.

-El nuevo jefe de planta es muy estricto -susurró-. Gracias, señor.

-Querrá decir cabrón -espeté y pasé a su lado. El vestíbulo, al que llamaban foyer, parecía un decorado de la MGM que representaba un club nocturno de las melodías de Broadway de 1890. Gracias a la iluminación artificial, parecía haber costado un millón de dólares y ocupaba el mismo espacio que un campo de polo. La alfombra no me hizo cosquillas en los tobillos. En el fondo vi una pasarela de cromo semejante a la de un barco, que subía hasta la entrada del comedor. En lo alto, el jefe de camareros, un italiano gordinflón, estaba en pie con la sonrisa forzada, una tira de raso de cinco centímetros en los pantalones y unas cuantas cartas de restaurante doradas bajo el brazo.

Había una escalera de arcos caprichosos y con la barandilla como los barrotes de un trineo pintado con esmalte blanco. Sin duda subía hasta las salas de juego de la primera planta. El techo incluía estrellas que centelleaban. Al lado de la entrada al bar, oscuro y ligeramente morado corno una pesadilla apenas recordada, se alzaba un inmenso espejo dorado empotrado en un túnel blanco y coronado por un tocado egipcio. Delante, una mujer vestida de verde acicalaba su cabellera rubia metalizada. El escote de la espalda de su vestido de noche era tan marcado que lucía un lunar negro en los músculos lumbares, aproximadamente tres centímetros por debajo de donde habría tenido la cinturilla de las bragas, si las hubiera llevado.

Una recepcionista con traje de pantalón color melocotón y pequeños dragones negros se acercó a coger mi sombrero y a mirar mi vestimenta con expresión desaprobadora. Tenía los ojos tan negros, brillantes e inexpresivos como las punteras de los zapatos de charol. Le di

veinticinco centavos y conservé el sombrero. Una cigarrera cuya bandeja tenía el tamaño de una bombonera de tres kilos se contoneó por la pasarela. Llevaba plumas en el pelo, ropa suficiente para esconderse detrás de un sello de correos y tenía una larga, hermosa y desnuda pierna pintada en dorada y la otra en plateado. Denotaba la actitud fría y desdeñosa de una mujer que tiene tantos compromisos que ha de pensárselo dos veces antes de aceptar un encuentro imprevisto con un marajá que se presenta con una cesta de rubíes bajo el brazo.

Ingresé en el suave crepúsculo morado del bar. Los vasos tintineaban delicadamente. Se oían voces apagadas, acordes en el piano del rincón y a un tenor de la acera de enfrente que cantaba «My Little Buckeroo» con la misma intimidad con la que un barman prepara un cóctel. Gradualmente llegué a ver en medio de esa luz mortecina. El bar estaba bastante concurrido, pero no llegaba a estar apiñado. Un hombre rió desafinado y el pianista manifestó su malestar haciendo un recorrido por el teclado con el pulgar, al estilo de Eddie Duchin.

Divisé una mesa vacía, me acerqué y me senté contra la pared acolchada. Mis ojos se adaptaron aún más a la luz. Incluso vi al cantante. Tenía el pelo rojo, ondulado y parecía teñido con alheña. La chica situada en la mesa contigua a la mía también era pelirroja. Llevaba los cabellos con raya al medio y peinados para atrás, como si los detestara. Sus ojos eran grandes, oscuros y de expresión famélica; tenía rasgos toscos y no iba maquillada, con excepción del pintalabios que brillaba como un letrero de neón. Su traje de calle era de hombreras demasiado anchas y solapas excesivamente llamativas. El jersey naranja protegía su cuello y lucía una pluma negra y naranja en su sombrero a lo Robin Hood, encajado en la coronilla. Me sonrió y vi que sus dientes eran tan delgados y afilados como los de un Papá Noel paupérrimo. No le devolví la sonrisa.

La chica vació el vaso y lo agitó sobre la mesa. Un camarero de bonita chaqueta surgió de la nada y se detuvo delante de mí.

-Escocés con soda -espetó la chica. Habló con tono tajante y seco, con un deje aguardentoso.

El camarero la miró, apenas movió la barbilla y volvió a observarme. Dije:

-Bacardí con granadina.

El camarero se retiró y la chica dijo:

-Chico, esa mezcla te dará náuseas -ni la miré-. Parece que no quieres jugar -añadió sin darle demasiada importancia. Encendí un cigarrillo e hice una «o» en el suave ambiente púrpura-. Que te den por saco. Puedo ligarme a una docena de gorilas como tú en cada manzana de Hollywood Boulevard. ¡Hollywood Boulevard y un cuerno! Hay un montón de jugadores sin trabajo y de rubias con cara de pescado que intentan quitarse la mona de encima.

-¿Quién dijo algo de Hollywood Boulevard? -pregunté.

-Tú. Sólo un tío de Hollywood Boulevard no le habla a una chica que acaba de insultarlo cortésmente.

El hombre y la chica sentados en una mesa cercana se volvieron y nos miraron. El sujeto me dirigió una sonrisa fugaz y solidaria.

-También va por ti -dijo la chica.

-Todavía no me has insultado.

-Porque la naturaleza se me adelantó, guaperas.

El camarero regresó con las bebidas. Me sirvió primero a mí. La chica comentó a voz en cuello:

-Parece que no está acostumbrado a servir a las damas.

El camarero dejó sobre la mesa su escocés con soda y replicó con tono gélido:

-Disculpe, señora.

-Perdonado. Venga cuando quiera y le haré la manicura, siempre que alguien me preste una azada. Mi amigo paga esta ronda.

El camarero me miró. Le entregué un billete y levanté el hombro derecho. Me dio la vuelta, aceptó la propina y se perdió entre las mesas.

La chica cogió el vaso y se reunió conmigo. Apoyó los codos sobre la mesa y la barbilla en las manos.

-Vaya, vaya, un manirroto -comentó-. Creía que ya no los fabricaban. ¿Qué tal te caigo?

-Me lo estoy pensando -repliqué-. Baja la voz o te echarán.

-Lo dudo. No creo que me echen a menos que rompa algún espejo. Además, el jefe y yo estamos así -levantó dos dedos pegados-. Mejor dicho, lo estaríamos si lograra dar con él -rió metálicamente y bebió un sorbo-. ¿Dónde te he visto antes?

-Prácticamente en cualquier parte.

-¿Dónde me has visto?

-En cientos de locales.

-Sí, tienes razón -reconoció-. Ya no es posible mantener la individualidad.

-No se recupera dándole al trago -dije.

-¡Y un cuerno! Podría hablarte de un montón de capitostes que se van a la cama con una botella en cada mano. Y a los que hay que meterles una endovenosa para que no se despierten aullando.

-¿De veras? -pregunté-. ¿Gente del cine?

-Sí. Trabajo con un tío que les pincha el brazo..., por diez pavos la endovenosa. A veces pagan veinticinco o cincuenta.

-Parece un buen negocio.

-Si dura. ¿Crees que durará?

-Cuando te echen de aquí puedes trasladarte a Palms Springs.

-¿Quién echará a quién de dónde? -quiso saber la chica.

-No lo sé. ¿De qué hablábamos?

Era pelirroja. Aunque no se trataba de una beldad, curvas no le faltaban. Y trabajaba con un tipo que daba endovenosas. Me humedecí los labios.

Un hombre moreno y corpulento franqueó la entrada, se detuvo al lado de la puerta y esperó a que sus ojos se adaptaran a la luz. Sin prisas paseó la mirada por el local. Su vista viajó hasta la mesa en la que me encontraba. Echó hacia adelante su corpachón y avanzó hacia nosotros.

-Vaya, vaya -dijo la chica-. Es el gorila. ¿Puedes ocuparte de él?

No respondí. La chica acarició su mejilla con una mano fuerte y pálida y me miró de reojo. El pianista interpretó algunos acordes y se puso a cantar «We Can Still Dream, Can't We?».

El hombre moreno y corpulento se detuvo y posó la mano en la silla situada frente a mí. Apartó la mirada de la chica y me sonrió. Era ella a quien buscaba. Había cruzado la sala para estar cerca de ella. A partir de ese momento se dedicó a mirarme. Tenía el pelo liso, oscuro y brillante, los ojos fríamente grises, cejas que parecían dibujadas, bonita boca de actor y la nariz partida, aunque bien arreglada. Habló sin mover los labios.

-¿Lo he visto alguna vez o me falla la memoria?

-No lo sé -repuse-. ¿Qué intenta recordar?

-Su nombre, doctor.

-No se esfuerce más. Jamás nos hemos visto -saqué la placa de metal del bolsillo y se la mostré-. Aquí tiene el billete que el tambor mayor me entregó en la entrada -saqué una tarjeta de la cartera y la arrojé sobre la mesa-. Aquí figuran mi nombre, edad, talla, peso, cicatrices dignas de mención y las veces que me condenaron. He venido a ver a Conried.

Ignoró la placa, leyó dos veces la tarjeta, le dio la vuelta, miró el reverso, volvió a mirar el anverso, pasó el brazo por el respaldo de la silla y sonrió camandulero. En ningún momento, ni antes ni después, miró a la chica. Pasó el borde de la tarjeta por la mesa y provocó un ligero chirrido, como el de una cría de ratón. La chica contempló el techo y aparentó que bostezaba.

-Veo que es uno de ésos -dijo secamente-. Lo lamento. El señor Conried se fue al norte por negocios. Cogió temprano el avión.

-En ese caso, esta tarde debí de ver a su doble en Sunset and Vine, en un sedán gris Cord -intervino la chica.

El tío moreno y corpulento no la miró, pero esbozó una sonrisa.

-El señor Conried no tiene un sedán gris Cord.

-No te dejes engañar -insistió la chica-. Me juego la cabeza a que en este mismo instante está arriba, amañando la rueda de una ruleta.

El hombre moreno ni la miró. Su actitud fue más notoria que si la hubiera abofeteado. Vi que la chica palidecía lentamente y no recobraba el color.

-No está aquí, no está aquí -dije-. Le agradezco que me haya escuchado. Otra vez será.

-Desde luego. De todos modos, aquí no contratamos detectives privados. Lo lamento.

-Si vuelves a decir «lo lamento» me pondré a gritar. Ya está bien -aseguró la pelirroja.

El hombre de pelo oscuro guardó mi tarjeta en el bolsillo de su esmoquin. Apartó la silla y se irguió.

-Ya sabe cómo son estas cosas. Lo la...

La chica lanzó una carcajada y le arrojó a la cara el contenido de su vaso.

El hombre moreno retrocedió bruscamente y sacó del bolsillo un pañuelo blanco almidonado. Se enjugó el rostro deprisa y meneó la cabeza. Cuando apartó el pañuelo, vi un manchón húmedo en su camisa, por encima del botón semejante a una perla negra. El cuello daba pena.

-Lo lamento -dijo la chica-. Te confundí con una escupidera.

El hombre moreno bajó la mano y mostró nervioso los dientes.

-Sáquela de aquí -murmuró-. Sáquela deprisa. Se volvió, serpenteó velozmente entre las mesas y mantuvo el pañuelo pegado a la boca. Dos camareros de elegantes chaquetas se acercaron y se dedicaron a mirarnos. Todos nos miraban.

-Primer asalto -dijo la chica-. Fue un poco lento. Ambos pugilistas midieron sus fuerzas.

-No me gustaría estar contigo cuando decidas correr un riesgo -afirmé.

La pelirroja sacudió la cabeza. Bajo esa extraña luz morada, la profunda palidez de su rostro pareció abalanzarse sobre mí. Hasta sus labios pintados estaban pálidos. La chica se llevó la mano a la boca, rígida y como si fuera una garra. Tosió secamente, como una tísica, y cogió mi copa. Se bebió el Bacardí con granadina a tragos burbujeantes. Enseguida se puso a temblar. Cogió su bolso, lo empujó hasta el borde de la mesa y lo arrojó al suelo. Al caer se abrió y se desparramaron varias cosas. Una cigarrera dorada acabó bajo mi silla. Tuve que levantarme y mover la silla para recogerla. Un camarero se detuvo a mis espaldas.

-¿Puedo ayudarlo? -preguntó amablemente. Estaba agachado cuando el vaso del que la chica había bebido rodó hasta el borde de la mesa y se estrelló en el suelo junto a mi mano. Cogí la cigarrera, la miré sin demasiado interés y vi que en la tapa tenía la foto pintada a mano de un hombre moreno y de huesos grandes. La metí en el bolso, cogí a la chica del brazo y el camarero que me había hablado dio la vuelta y la sujetó por el otro lado. La pelirroja nos miró anonadada y movió la cabeza de un lado a otro, como si intentara relajar su cuello agarrotado.

-Mamá está a punto de desmayarse -gimió. La sujetamos y empezamos a cruzar el bar. La chica apoyaba los pies al tuntún y arrojaba el peso de su cuerpo de uno a otro como si pretendiera desquiciamos. El camarero maldijo para sus adentros con voz apenas perceptible. Salimos de la luz morada al iluminado vestíbulo.

-Al lavabo de señoras -masculló el camarero y señaló con la barbilla una puerta que parecía la entrada de servicio del Taj Mahal-. Ahí dentro hay un peso pesado de color que puede ocuparse de lo que haga falta.

-En el lavabo de señoras hay un loco -dijo la pelirroja con cara de pocos amigos-. Camarero, suélteme el brazo. Mi amiguito es el único transporte que necesito.

-Señora, no es su amiguito. Ni siquiera la conoce.

-Aire, bestia. Es usted demasiado amable o muy poco. Esfúmese antes de que deje de lado mi educación y le propine un puñetazo.

-No se preocupe -dije al camarero-. La llevaré afuera para que tome aire. ¿Vino sola?

-No creo que haya venido acompañada -replicó y se alejó.

El jefe de camareros bajó hasta la mitad de la pasarela y nos miró con expresión de disgusto; el encargado del guardarropa parecía tan aburrido como el arbitro de un partido de octavos de final.

Saqué a mi nueva amiga al aire fresco y brumoso, la hice caminar por la columnata y noté en mi brazo que controlaba su cuerpo.

-Eres un buen chico -dijo hoscamente-. Manejaste la situación como si tuvieras la mano

llena de tachuelas. Sí, señor, eres un buen chico. Me figuré que no saldría viva.

-¿Por qué?

-Me equivoqué con la idea de querer ganar dinero. Olvídalo. Déjalo estar con todas las ideas equivocadas que he tenido en mi vida. ¿Me llevarás en coche? Vine en taxi.

-Por supuesto. ¿Qué tal si me dices cómo te llamas?

-Helen Matson -respondió.

No me sorprendí, pues lo había sospechado hacía rato.

La pelirroja aún se apoyaba en mí cuando recorrimos el camino empedrado más allá de los coches estacionados. Al llegar al mío abrí la portezuela, la sostuve abierta para que se sentase y la chica se dejó caer en el rincón, con la cabeza sobre el respaldo.

Cerré la puerta, volví a abrirla y pregunté:

-¿Puedes responderme a una pregunta? ¿Quién es el tipo de tu cigarrera? Tengo la impresión de que lo conozco.

La mujer abrió los ojos y respondió:

-Un viejo amor que se apagó. Es...

La pelirroja abrió desmesuradamente los ojos y la boca y apenas oí un débil sonido cuando algo duro me golpeó la espalda y una voz con sordina susurró:

-Aguanta, compañero, esto es un atraco.

Un arma de la marina estalló en mi oreja y mi cabeza se convirtió en un enorme y rosado fuego de artificio que se abrió en la bóveda celeste, se dispersó y cayó lento, pálido y por último oscuro en medio del oleaje. La oscuridad me devoró.

LA VECINA MUERTA

Yo olía a ginebra de la cabeza a los pies. No era algo casual, como si hubiese bebido algunas copas, sino como si el Océano Pacífico fuera ginebra pura y me hubiese zambullido con la ropa puesta. La ginebra estaba en mi pelo, en mis cejas, en mi cara y en la camisa, a la altura de la barbilla. No llevaba la chaqueta, estaba tendido en una alfombra ajena y miraba una foto enmarcada que reposaba al cabo de una repisa. El marco era de madera veteada y la foto pretendía ser artística, resaltando una cara larga, delgada y desdichada, pero lo único que conseguía era que el rostro tuviese precisamente ese aspecto: largo, delgado y desdichado bajo una melena lisa y clara que parecía pintada sobre un cráneo reseco. En un ángulo de la foto, detrás del cristal, había una inscripción que no llegué a leer.

Me erguí, me presioné la sien y experimenté una punzada de dolor que me llegó a las plantas de los pies. Gemí, por orgullo profesional convertí la queja en protesta, me estiré lenta y cuidadosamente y miré el pie de la cama empotrada extendida, junto a la cual había otra igual. Ésta seguía cerrada y en la pared había un atisbo de diseño pintado en la madera esmaltada. Al moverme, una botella de ginebra rodó sobre mi pecho y cayó al suelo. Estaba transparente, vacía. En ningún momento pensé que pudiera haber tanta ginebra en una botella.

Me arrodillé, estuve un rato a gatas y olisqueé a mi alrededor como un perro que no puede limpiar el plato y, al mismo tiempo, detesta dejar comida. Hice girar la cabeza alrededor del cuello. Me dolía. La moví un poco más y, como seguía doliéndome, me puse en pie y me percaté de que no llevaba puestos los zapatos.

El apartamento me pareció bonito, ni demasiado barato ni demasiado caro: los muebles al uso, la habitual lámpara de pie, la acostumbrada alfombra duradera. En la cama bajada yacía una chica, ataviada con un par de medias de seda tostadas. Tenía arañazos profundos que habían sangrado y sobre su vientre descansaba una toalla gruesa, casi arrollada. Sus ojos estaban abiertos. El pelo rojo con raya al medio y echado para atrás como si lo detestara seguía así, pero ya no lo odiaba.

Era cadáver.

Por encima y hacia el interior del pecho izquierdo vi una quemadura del tamaño de la palma de la mano de un hombre y, en el centro, un poco de sangre brillante. La sangre había corrido por uno de los lados de su cuerpo, pero estaba seca.

Vi prendas de vestir sobre el sofá, casi todas de la chica y también mi chaqueta. Los zapatos estaban en el suelo: los míos y los suyos. Me acerqué andando como si pisara hielo a punto de quebrarse, recogí mi chaqueta y palpé los bolsillos. Por lo que recordaba, me pareció que no faltaba nada. La pistolera que rodeaba mi cuerpo estaba vacía, como era de esperar. Me calcé y me puse la chaqueta, acomodé la pistolera vacía bajo la axila, me acerqué a la cama y levanté la pesada toalla. Un arma cayó al suelo: mi pistola. Limpié la sangre del cañón, olí la boca sin motivo aparente y, sin hacer ruido, la guardé en la sobaquera.

Pesados pasos sonaron en el pasillo, al otro lado de la puerta del apartamento, y se detuvieron. Oí murmullos y alguien llamó: unos golpecitos rápidos, secos e impacientes. Miré la puerta y me pregunté cuánto tardarían en girar el pomo, si la cerradura estaría abierta y, en el caso de que no lo estuviera, cuánto tardarían en hacer que el portero subiera con la llave maestra, si es que ya no estaba al otro lado. No había terminado de hacerme preguntas cuando una mano intentó abrir la puerta. Tenía el cerrojo echado.

Me pareció muy divertido. Estuve a punto de reír a mandíbula batiente.

Me acerqué a otra puerta que daba al cuarto de baño. Había dos toallas en el suelo, una alfombrilla de baño perfectamente doblada sobre el borde de la bañera y encima una ventana de cristal. Cerré silenciosamente la puerta del cuarto de baño, me subí en el borde de la bañera

y levanté la mitad inferior de la ventana de guillotina. Asomé la cabeza y miré seis plantas más abajo, contemplé la oscuridad de una calle lateral bordeada de árboles. Para hacerlo tuve que mirar a través de la ranura formada por dos muros cortos y vacíos, poco más que un pozo de ventilación. Las ventanas estaban emparejadas y todas se abrían en la misma pared, frente al extremo abierto de la ranura. Me asomé un poco más y llegué a la conclusión de que, si lo intentaba, podría llegar a la ventana de al lado. Me pregunté si estaba cerrada, si me serviría de algo y si tendría tiempo antes de que abrieran la puerta.

A mis espaldas, más allá de la puerta cerrada del cuarto de baño, las llamadas sonaron más fuertes y más enérgicas y una voz ordenó:

-Abran o echamos la puerta abajo.

Eso no tenía sentido. Sólo era la fraseología habitual de la pasma. No derribarían la puerta porque podían conseguir la llave y porque, además, patear ese tipo de puerta sin un hacha como la de los bomberos requiere mucho esfuerzo y te puedes dañar los pies.

Cerré la mitad inferior de la ventana, bajé la superior y cogí una toalla. Volví a abrir la puerta y mis ojos vieron el rostro de la foto enmarcada en la repisa. Necesitaba leer la inscripción antes de irme. Me acerqué y le eché un vistazo mientras alguien seguía aporreando coléricamente la puerta. La dedicatoria decía: *Con todo mi amor, Leland.*

Esa frase convertía en un sinvergüenza al doctor Austria. Me hice con la foto, regresé al cuarto de baño y volví a cerrar la puerta. La metí bajo la ropa y las toallas sucias del armario. Si eran polis avezados, tardarían un rato en encontrarla. Si estábamos en Bay City, probablemente nunca darían con ella. No encontré ningún motivo por el cual tuviéramos que estar en Bay City, salvo que era muy probable que Helen Matson viviese allí y que el aire que se colaba por la ventana del cuarto de baño olía a mar.

Me escurrí a través de la mitad superior de la ventana con la toalla en la mano y balanceé el cuerpo hacia la de al lado, aferrado a una hoja móvil de la que acababa de dejar. Apenas llegaría a levantar la ventana contigua, siempre y cuando no tuviese echado el pestillo. No estaba trabada. Di un puntapié y pateé el cristal por encima del cierre. Hizo tanto ruido que tendría que haberse oído a un kilómetro. Los aporreos a la puerta continuaron monótonamente.

Me envolví la toalla alrededor de la mano izquierda, estiré los brazos cuanto pude, pasé la mano por el cristal roto y accioné el cierre de la ventana. Pasé al otro alféizar y me estiré para subir la ventana por la que acababa de salir. Podían quedarse con las huellas dactilares. No me veía capaz de demostrar que no había estado en el apartamento de Helen Matson. Lo único que me interesaba era la posibilidad de demostrar cómo había entrado.

Miré calle abajo. Un hombre estaba a punto de subir a un coche. Ni siquiera me miró. En el apartamento en el que me disponía a entrar no se encendió ninguna luz. Bajé la hoja móvil y entré. La bañera estaba llena de añicos de cristal. Llegué al suelo, encendí la luz, recogí los cristales de la bañera, los metí en la toalla y la escondí. Utilicé otra toalla que no me pertenecía para limpiar el alféizar y el borde de la bañera, donde me había apoyado. Desenfundé la pistola y abrí la puerta del cuarto de baño.

Era un apartamento más grande que el anterior. La habitación que contemplé tenía dos camas gemelas con fundas rosadas contra el polvo. Estaban hechas y se hallaban vacías. Después del dormitorio se encontraba la sala. Todas las ventanas estaban cerradas y el piso olía a cerrado y a polvo. Encendí una lámpara de pie, pasé el dedo por el brazo de un sillón y miré el polvo acumulado. Junto al sillón había una radio, un estante que parecía una carbonera, una enorme librería llena de novelas que aún conservaban las sobrecubiertas, una cómoda de madera oscura con un sifón y una licorera y cuatro vasos rayados y puestos boca abajo. Olí la licorera, que contenía escocés, y me serví un trago. La cabeza me dolió un poco más, pero me sentí mejor.

Dejé la luz encendida, regresé al dormitorio y hurgoneé en la cómoda y los armarios. En uno había ropa de hombre, hecha a medida, y el sastre había escrito el nombre del cliente en una etiqueta: George Talbot. Las Prendas de George eran algo pequeñas para mí. Revisé la cómoda y di con un pijama que pensé que me sentaría bien. En el armario encontré albornoz y zapatillas. Me quedé en cueros.

Cuando salí de la ducha, apenas olía a ginebra. Como no había ruidos ni aporreos en ninguna parte, supe que los polis estaban en el apartamento de Helen Matson con sus trozos de tiza y sus cintas métricas. Me puse el pijama, las zapatillas y el albornoz del señor Talbot, me apliqué en el pelo su tónico capilar y utilicé su cepillo y su peine. Abrigué la esperanza de que el señor Talbot y su esposa se lo estuvieran pasando pipa dondequiera que estuviesen y que no se viesen obligados a regresar apresuradamente a casa.

Volví a la sala, me serví otro largo del escocés de Talbot y encendí uno de sus cigarrillos. Quité el cerrojo a la puerta del apartamento. Un hombre tosió muy cerca, en el pasillo. Abrí la puerta, me apoyé en el marco y miré hacia afuera. Un tío de uniforme estaba apoyado en la pared de enfrente; era un individuo menudo, rubio y con ojos de lince. La raya de sus pantalones azules era afilada como un cuchillo y parecía un sujeto metódico, limpio, competente y curioso.

Bostecé y pregunté:

-Agente, ¿qué pasa?

Me observó con sus agudos ojos pardo rojizos salpicados de dorado, color que casi nunca se ve en un rubio.

-Ha habido algunos problemillas en el piso de al lado. ¿Oyó algo? -su tono era ligeramente irónico.

-¿En casa de la del pelo color zanahoria? -pregunté-. Ja, ja. La buscona a lo grande. ¿Quiere un trago?

El poli no dejó de mirarme atentamente y luego gritó pasillo abajo:

-¡Eh, Al!

Un sujeto se asomó por una puerta abierta. Medía más de metro ochenta, pesaba cerca de cien kilos, tenía el pelo negro grueso y ojos hundidos e inexpresivos. Se trataba de Al de Spain, al que yo había conocido esa noche en la central de Bay City.

Bajó por el pasillo sin prisas. El poli de uniforme añadió:

-Aquí está el vecino de al lado.

De Spain se acercó y me miró a los ojos. Los suyos eran tan expresivos como un trozo de pizarra negra. Habló casi con suavidad:

-¿Quién es usted?

-Soy George Talbot -repliqué y logré no vacilar.

-¿Ha oído algún ruido extraño? Quiero decir, ¿ha oído algún ruido antes de que llegáramos?

-Bueno, supongo que alrededor de medianoche hubo una pelotera. Pero aquí no es ninguna novedad -señalé con el pulgar el apartamento de la chica muerta.

-¿De veras? ¿Conocía a la señora?

-No, y creo que no me gustaría conocerla.

-Ni falta que hace -añadió De Spain-. Se la han cargado.

Apoyó una sólida manaza en mi pecho y me hizo retroceder hasta el interior del apartamento. Mantuvo la mano sobre mi pecho, su mirada descendió rápidamente hacia los bolsillos del albornoz y volvió a mirarme a la cara. Cuando me tuvo a dos metros y medio de la puerta, dijo por encima del hombro:

-Pequeñajo, entra y cierra la puerta.

Pequeñajo entró y cerró la puerta, brillantes sus ojos pequeños y sagaces.

-Vaya truco -comentó De Spain con gran indiferencia-. Pequeñajo, apúntale.

Pequeñajo abrió su pistolera negra de cinturón y veloz como un rayo sostuvo en la mano un arma de reglamento. Se humedeció los labios.

-Vaya, chico -murmuró-. Vaya, chico -abrió el sujetaesposas y se dispuso a retirarlas-. Al, ¿cómo lo supiste?

-¿Cómo supe qué? -De Spain no dejó de mirarme a los ojos. Me habló con delicadeza-: ¿Qué pensaba hacer, bajar a comprar el periódico?

-Claro -dijo Pequeñajo-. Seguro que es el asesino. Entró por la ventana del cuarto de baño y se puso la ropa del tío que vive aquí. Los ocupantes del apartamento están fuera, mira el polvo. No hay una sola ventana abierta y el piso huele a cerrado.

-Pequeñajo es un policía que utiliza métodos científicos -comentó De Spain serenamente-. Pero no se deprima, algún día meterá la pata.

-Si es tan bueno, ¿para qué viste uniforme? -pregunté.

Pequeñajo se ruborizó y De Spain ordenó:

-Pequeñajo, busca deprisa su ropa y su arma. Es nuestra oportunidad si actuamos deprisa.

-Ni siquiera te han destinado a este caso -se quejó Pequeñajo.

-¿Qué puedo perder?

- *Yo* puedo perder este uniforme.

-Chico, hay que correr riesgos. El idiota de al lado, Reed, no sería capaz de atrapar una mariposa en una caja de zapatos.

Pequeñajo corrió al dormitorio. De Spain y yo permanecimos inmóviles, si bien retiró la mano de mi pecho.

-No me diga nada -pidió parsimoniosamente-. Déjeme deducirlo.

Oímos que Pequeñajo se afanaba abriendo puertas. Escuchamos un aullido como el de un terrier cuando huele una ratonera. Pequeñajo regresó a la sala con mi pistola en la mano derecha y mi cartera en la izquierda. Sostenía el arma por la mira, con la ayuda de un pañuelo.

-Esta pistola fue disparada -afirmó-. Y este tío no se llama Talbot.

De Spain no volvió la cabeza ni se sorprendió. Me sonrió apenas y casi no movió las comisuras de su boca ancha y bastante cruel.

-Ni que lo digas -afirmó-. Ni que lo digas -me apartó con una mano firme como una tenaza-. Vístase, encanto... y no se preocupe por la corbata. Hay sitios en donde nos están esperando.

RECUPERO MI PISTOLA

Salimos del apartamento y recorrimos el pasillo. Aún se veía luz a través de la puerta abierta del piso de Helen Matson. Dos hombres con una cesta fumaban junto a la puerta. Del interior de la casa de la muerta llegaban voces que discutían.

Seguimos el recodo del pasillo y bajamos la escalera, planta tras planta, hasta llegar al vestíbulo. Había unas pocas personas con los ojos desmesuradamente abiertos: tres mujeres de albornoz, un calvo con una visera verde que parecía redactor jefe de un periódico local y otras dos personas que permanecían entre las sombras. Otro individuo de uniforme recorría de una punta a otra el interior de la puerta de entrada y silbaba por lo bajini. Nos cruzamos con él. No se mostró interesado. En la acera se había formado un corro.

-Ésta es una gran noche para nuestra pequeña ciudad -dijo De Spain.

Caminamos hasta un sedán negro sin insignias de la policía. De Spain se acomodó detrás del volante y me hizo señas para que me sentara a su lado. Pequeñajo se instaló en el asiento trasero. Aunque hacía rato que había guardado el arma en la pistolera, no la había cerrado y mantenía la mano cerca.

De Spain puso el coche en marcha con una sacudida que me hizo chocar contra el respaldo. Llegamos a la esquina más cercana, en dirección este, en dos ruedas. Un voluminoso coche negro con faros auxiliares rojos sólo se encontraba a media manzana y se aproximaba rápidamente cuando giramos.

De Spain escupió por la ventanilla y masculló:

-Es el jefe. Llegará tarde hasta a su propio funeral. Chico, esta vez nos salvamos por los pelos.

-Sí..., por un paro forzoso de treinta días -replicó Pequeñajo disgustado desde el asiento trasero.

-Mantén el pico cerrado y puede que regreses a Homicidios.

-Prefiero ir de paisano y comer -replicó Pequeñajo. De Spain condujo a toda velocidad unas diez manzanas y luego aminoró la marcha.

-Éste no es el camino a la central -opinó Pequeñajo.

-No digas más gilipolleces -replicó De Spain. Dejó que el coche se arrastrara, torció a la izquierda en una tranquila y oscura calle residencial bordeada de coníferas y casas pequeñas e iguales emplazadas en jardines pequeños e iguales. Frenó lentamente, se acercó al bordillo y apagó el motor. Pasó un brazo por encima del respaldo del asiento y se volvió para mirar al menudo policía uniformado «con ojos de lince».

-Pequeñajo, ¿crees que este tío se la cargó?

-Su pistola ha sido disparada.

-Saca la linterna y observa su nuca.

Pequeñajo protestó, buscó algo en el maletero, se oyó un chasquido metálico y el blanco haz cegador de una linterna acampanada de grandes dimensiones iluminó mi cabeza. Oí muy cerca la respiración del hombre menudo. Se estiró e hizo presión sobre el sitio de la nuca que me dolía. Chillé. La linterna se apagó y la negrura de la calle volvió a rodearnos.

-Me parece que lo golpearon -dijo Pequeñajo.

-Igual que a la chica -añadió De Spain-. No se nota mucho, pero la golpearon. Le pegaron para quitarle la ropa y arañarla antes de dispararle, para que los arañazos sangraran y pareciesen ya sabes qué. Después le dispararon con un arma envuelta en una toalla. Nadie oyó el disparo. Pequeñajo, ¿quién hizo la denuncia?

-¿Cómo coño quieres que lo sepa? Un tipo llamó dos o tres minutos antes de que entrases en la central, mientras Reed seguía buscando un fotógrafo. Según la telefonista, era un

hombre de voz gruesa.

-De acuerdo. Pequeñajo, si tú lo hubieras hecho, ¿cómo habrías salido?

-Andando -respondió Pequeñajo-. ¿Por qué no? Oiga, ¿por qué no salió andando? -me preguntó.

-Me gusta guardar mis secretos -respondí.

-Pequeñajo, ¿verdad que no se te ocurriría cruzar el pozo de ventilación? -inquirió De Spain impávido-. ¿A que no entrarías por asalto en el apartamento contiguo y fingirías ser el tipo que vive allí? ¿No llamarías a la policía y le dirías que subiera y atrapara al asesino?

-Coño, ¿ha sido este tío el que llamó? -preguntó Pequeñajo-. No, yo no haría ninguna de esas cosas.

-El asesino tampoco, salvo la última -prosiguió De Spain-. Fue el asesino quien llamó.

-Los pervertidos sexuales hacen cosas raras -opinó Pequeñajo-. Tal vez éste contó con ayuda y el otro intentó dejarlo en la estacada después de aporrearlo.

De Spain rió fríamente.

-Hola, pervertido -dijo y me hundió en las costillas un dedo tan sólido como un cañón de un revólver-. Somos un par de gilipollas que estamos aquí y tiramos nuestros trabajos por la borda..., mejor dicho, el único de nosotros que tiene trabajo, y discutimos mientras usted, que conoce todas las respuestas, no ha abierto la boca. Ni siquiera sabemos quién era la señora.

-Una pelirroja que me ligué en el bar del Club Conried. Mejor dicho, ella me ligó a mí.

-¿No sabe cómo se llamaba ni ningún otro dato?

-No, fue muy discreta. La ayudé a salir, me pidió que la alejara de ese lugar y mientras la subía al coche alguien me golpeó. Recobré el conocimiento en el suelo del apartamento y la chica estaba muerta.

-¿Y qué hacía usted en el bar del Club Conried? -quiso saber De Spain.

-Fui a cortarme el pelo. ¿Qué se hace en un bar? La pelirroja estaba nerviosa, parecía asustada y vació su vaso en la cara del jefe de planta. La compadecí.

-Yo también me compadezco de las pelirrojas -reconoció De Spain-. Quien lo golpeó debió de ser un elefante si es que lo subió hasta el apartamento.

-¿Alguna vez lo han golpeado? -pregunté.

-No -replicó De Spain-. Pequeñajo, ¿te han pegado alguna vez?

Con un tono muy desagradable, Pequeñajo dijo que nunca lo habían golpeado.

-Bien, es como una borrachera -añadí-. Probablemente recobré el conocimiento en el coche y el tío tenía un arma que me mantuvo tranquilo. Me obligó a subir al apartamento con la chica. Es posible que ella lo conociese. Una vez que estuve arriba volvió a golpearme para que no recordara lo ocurrido entre las dos palizas.

-Ya lo he oído y nunca me lo he creído realmente -aseguró De Spain.

-Pues es así -insistí-. Tiene que ser así porque no recuerdo y no es posible que un individuo me trasladara hasta arriba sin ayuda.

-Yo podría -reconoció De Spain-. He acarreado tipos más pesados que usted.

-De acuerdo -acepté-. Me subió a hombros. Y ahora, ¿qué hacemos?

-No entiendo para qué se tomó tantas molestias -intervino Pequeñajo.

-Golpear a un tío no es ninguna molestia -aseguró De Spain-. Pásame el cacharro y la cartera.

Pequeñajo titubeó y se los entregó. De Spain olisqueó el arma y la dejó caer al desgaire en el bolsillo de mi lado. Abrió la cartera, la acercó a la luz del salpicadero y la guardó. Arrancó el coche, dio la vuelta en «u» en mitad de la manzana, salió disparado hacia Arguello Boulevard, torció hacia el este y paró delante de una bodega con un letrero de neón rojo. La tienda estaba abierta incluso a esa hora de la noche.

De Spain dijo por encima del hombro:

-Pequeñajo, corre y telefonea a recepción. Dile al sargento que tenemos una buena pista y que estamos a punto de detener a un sospechoso del asesinato de Brayton Avenue. Dile que le diga al jefe que no se sulfure.

Pequeñajo se apeó del coche, cerró de un portazo la portezuela trasera, estuvo a punto de decir algo y cruzó rápidamente la acera en dirección a la tienda.

De Spain puso el coche en marcha y aceleró hasta sesenta por hora en la primera manzana. Rió roncamente. En la siguiente llegó a setenta y cinco, serpenteó por diversas calles y volvió a detenerse bajo un pimentero, delante de una escuela.

Recuperé la pistola cuando se estiró para poner el freno de mano. Rió secamente y escupió por la ventanilla abierta.

-Vale -dijo-. Para eso la puse en ese bolsillo. He hablado con Violets M'Gee. El periodista me llamó desde Los Ángeles. Han encontrado a Matson. En este momento están atormentando al encargado de la casa de apartamentos.

Me arrinconé en el costado del coche y sostuve relajadamente la pistola entre las rodillas.

-Poli, ya no estamos en los límites de Bay City -comenté-. ¿Qué dijo M'Gee?

-Dijo que le dio una pista sobre Matson y que no sabía si lo había contactado. El encargado de la casa de apartamentos, cuyo nombre no oí, intentaba tirar un cadáver en el callejón cuando un par de polis de patrulla lo descubrió. M'Gee dijo que si usted hubiese contactado a Matson y conociera su versión, ahora estaría metido en un lío y probablemente habría recibido una paliza y recobraría el conocimiento junto a un fiambre.

-No contacté a Matson.

Noté que De Spain me miraba atentamente por debajo de sus cejas salientes y oscuras.

-Pues está metido en un buen fregado.

Con la mano izquierda saqué un cigarrillo del bolsillo y lo encendí con el mechero del coche. Mantuve la pistola en la derecha. Dije:

-Tengo la impresión de que usted se dirigía hacia aquí, de que ni siquiera lo han destinado a este caso y de que ha detenido a alguien después de cruzar los límites de la ciudad. ¿En qué lo convierte todo esto?

-En un cubo de mierda..., a menos que entregue algo que valga la pena.

-Ése soy yo -deduje-. Deberíamos aliarnos y desentrañar los tres asesinatos.

-¿Tres?

-Así es. Los de Helen Matson, Harry Matson y la esposa del doctor Austrian. Están relacionados.

-Di esquinazo a Pequeñajo porque es un tío de poca monta, al jefe le gustan los tipos así y Pequeñajo puede hacerme cargar con las culpas -afirmó De Spain-. ¿Por dónde empezamos?

-Podríamos empezar por buscar a Greb, un analista que tiene su laboratorio en el Colegio de Médicos y Cirujanos. Sospecho que entregó un informe falso sobre la muerte de la señora Austrian. ¿Y si dan la voz de alarma sobre usted?

-Utilizan la radio de Los Ángeles y no apelarán a ella para detener a uno de sus agentes.

De Spain se echó hacia adelante y volvió a arrancar el coche.

-Devuélvame la cartera y así podré guardar el arma. Rió roncamente y me la entregó.

GRAN MENTÓN

El analista vivía en la Ninth Street, en uno de los peores barrios de la ciudad. Su casa era un informe bungalow de madera. Una enorme y polvorienta hortensia y varias plantas pequeñas y raquíticas que bordeaban el sendero parecían obra de quien ha dedicado la vida a obtener algo de la nada.

Cuando llegamos, De Spain apagó las luces y dijo:

-Silbe si necesita ayuda. Si aparece la pasma, vaya a la Tenth Street. Daré la vuelta a la manzana y lo recogeré. De todos modos, no creo que se presenten. Esta noche sólo piensan en la señora de Brayton Avenue.

Estudié la tranquila manzana, crucé la calle bajo la brumosa luz de la luna y caminé hasta la casa. La puerta estaba en ángulo recto con respecto a la calle, en un saliente que parecía una habitación añadida posteriormente al resto del bungalow. Toqué el timbre y lo oí sonar en el fondo de la casa. No hubo respuesta. Llamé dos veces más e intenté abrir la puerta, pero tenía el cerrojo echado.

Bajé al pequeño porche y caminé por el lado norte del bungalow hacia el pequeño garaje del fondo. Las puertas estaban cerradas con un candado que podías romper soplando fuerte. Me agaché e iluminé con la linterna por debajo de las puertas que no encajaban bien. Divisé las ruedas de un coche. Volví a la entrada y esta vez llamé enérgicamente a la puerta con los nudillos.

La persiana de la sala crujió y bajó lentamente hasta la mitad. La cortina estaba corrida y en el interior reinaba la oscuridad. Una voz ronca y grave masculló:

-¿Qué quiere?

-¿Señor Greb?

-El mismo.

-Me gustaría hablar con usted. Se trata de un asunto importante.

-Señor, necesito dormir. Vuelva mañana.

Su voz no parecía la de un analista de laboratorio. Se semejaba a la misma que había oído en una ocasión, hacía mucho tiempo, a primera hora de la tarde en Tennyson Arms Apartments.

-Señor Greb, en ese caso iré a su despacho. ¿Puede repetirme las señas?

La voz guardó silencio unos instantes y finalmente replicó:

-Está bien, suéltelo antes de que salga y le dé un puñetazo.

-Señor Greb, los negocios no se llevan así -protesté-. ¿Seguro que no puede concederme unos minutos dado que está despierto?

-Baje la voz o despertará a mi esposa. Está enferma. Si me hace salir...

-Buenas noches, señor Greb.

Regresé por el sendero en medio de la pálida y brumosa luz de la luna. Al llegar a un costado del coche oscuro dije:

-Hay trabajo para dos hombres. En el bungalow se encuentra un tipo recio. Creo que es el mismo al que llamaron Gran Mentón en aquella conversación telefónica de Los Ángeles.

-Caray. Es el sujeto que mató a Matson, ¿no? -De Spain se acomodó en el asiento de la derecha del coche, asomó la cabeza y escupió por encima de una boca de incendios que debía de estar a dos metros y medio. No dije ni pío-. Si el tío al que usted llama Gran Mentón es Moss Lorenz, lo conozco. Podríamos entrar y toparnos con una pista interesante.

-Igual que los polis con la radio -comenté.

-¿Está asustado?

-¿Yo? ¡Claro que estoy asustado! Como el coche está en el garaje, o tiene a Greb metido

ahí dentro y está pensando qué hará con él o...

-Si es Moss Lorenz, no piensa nada -me interrumpió Al de Spain-. Ese tipo sólo sirve para dos cosas: para ponerse detrás de un arma y del volante de un coche.

-Y detrás de un trozo de tubería de plomo -añadí-. Lo que decía es que tal vez Greb está sin coche y Gran Mentón...

De Spain consultó el reloj del salpicadero.

-Sospecho que se largó y que ya está en su casa. Le han dado el chivatazo y le han sugerido que no se meta en líos.

-¿Quiere o no entrar en el bungalow? -pregunté-. ¿Quién le dio el chivatazo?

-Quien lo untó, si es que lo untaron -De Spain abrió la portezuela, se apeó y miró hacia el bungalow. Se desabrochó la chaqueta y sacó el arma de la sobaquera-. Tal vez pueda engañarlo. Mantenga las manos a la vista y vacías, es nuestra única posibilidad.

Cruzamos la calle, recorrimos el sendero y subimos al porche. De Spain hundió el dedo en el timbre.

La voz volvió a gruñir a través de la persiana entreabierta, desde el otro lado de la raída cortina de color verde oscuro.

-¿Qué quieren?

-Hola, Moss -dijo De Spain.

-¿Qué dice?

-Moss, soy Al de Spain. Estoy en el ajo. Se hizo el silencio, un silencio largo y letal. La voz ronca y grave preguntó:

-¿Quién está contigo?

-Un amigo de Los Ángeles. Es un buen tipo. Volvió a reinar el silencio y la voz inquirió:

-¿De qué va la cosa?

-¿Estás solo?

-Estoy con una señora, pero no puede oírte.

-¿Dónde está Greb?

-Eso digo yo, ¿dónde está? Madero, ¿de qué va la cosa? Desembucha.

De Spain habló con la misma serenidad que si hubiera estado en su casa, repantigado en un sillón y escuchando la radio.

-Moss, trabajamos para el mismo jefe.

-Ja, ja -se burló Gran Mentón.

-Matson apareció muerto en Los Ángeles y los policías de la ciudad ya lo han relacionado con la señora Austrian. Debemos actuar deprisa. El pez gordo está en el norte, inventándose coartadas. ¿Cuál es nuestra situación?

-¡Qué disparate! -exclamó la voz, pero contenía un deje de vacilación.

-Parece un mal rollo -añadió De Spain-. Abre de una buena vez. Como puedes ver, no tenemos nada contra ti.

-Cuando llegue a la puerta podríais tenerlo -dijo Gran Mentón.

-No seas cagueta -se burló De Spain.

La cortina se agitó como si una mano se hubiera soltado y la banda cayó en su sitio. Levanté la mano.

-No sea imbécil -me advirtió De Spain-. Este tipo es nuestra salvación y lo necesitamos entero.

Dentro de la casa sonaron ligeras pisadas. La cerradura de la puerta de entrada chirrió, se abrió la puerta y entre las sombras apareció una figura con un Colt de grandes dimensiones en la mano. Gran Mentón era un mote que le iba como anillo al dedo. Su enorme y ancha mandíbula sobresalía como una máquina quitapiedras. Era más corpulento que De Spain, mucho más corpulento.

-Desembucha -repitió y dio un paso atrás.

Con las manos vacías y las palmas hacia arriba, De Spain dio un paso con el pie izquierdo y pateó a Gran Mentón en la entrepierna, así de simple, sin la menor vacilación y frente a un arma.

Gran Mentón seguía debatiéndose interiormente cuando desenfundamos. Su mano derecha

luchaba por apuntar y apretar el gatillo. El dolor dominaba todo lo demás salvo el deseo de doblarse y gritar. Su lucha interior lo llevó a perder una fracción de segundo y cuando le caímos encima no había gritado ni disparado. De Spain le dio en la cabeza y yo en la muñeca derecha. Me habría gustado darle en el mentón, que me fascinaba, pero su muñeca estaba más cerca del Colt. La pistola cayó y Gran Mentón hizo lo propio, casi súbitamente, para lanzarse de inmediato sobre nosotros. Lo sujetamos, lo retuvimos, su aliento sopló ardiente y fétido en nuestras caras, pero enseguida le fallaron las rodillas y caímos sobre él en medio del pasillo.

De Spain protestó, hizo esfuerzos para ponerse en pie y cerró la puerta. Giró al hombre corpulento, gimiente y medio desmayado, le puso las manos a la espalda y lo esposó.

Bajamos por el pasillo. En la habitación de la izquierda, de una pequeña lámpara de mesa cubierta con un periódico escapaba una luz tenue. De Spain quitó el periódico y miramos a la mujer tendida en la cama. Por lo menos no la había asesinado. Llevaba un pijama de mala calidad, tenía los ojos desmesuradamente abiertos, la mirada perdida y casi enloquecida de terror. Le habían cubierto con esparadrapo la boca, las muñecas, los tobillos y las rodillas y por sus orejas asomaban gruesos tapones de algodón. Por detrás de la losa de esparadrapo de cinco centímetros que le mantenía cerrada la boca escapaba un barboteo ininteligible. De Spain inclinó ligeramente la pantalla de la lámpara. El rostro de la mujer estaba manchado. Llevaba el pelo decolorado, con las raíces oscuras, y en los huesos de su rostro se dibujaba una expresión macilenta y desgastada.

-Soy policía -dijo De Spain-. ¿Es usted la señora Greb?

La mujer se sacudió y lo miró atormentada. Le quité los tapones de algodón de las orejas y dije:

-Vuelva a intentarlo.

-¿Es usted la señora Greb?

La mujer asintió.

De Spain sujetó el esparadrapo que le sellaba los labios. La mujer cerró los ojos y De Spain tiró con fuerza e inmediatamente le cubrió la boca con la mano. Se quedó impávido, inclinado, con el esparadrapo en la mano izquierda. Parecía un poli corpulento, moreno, inexpresivo y con el mismo valor que una mezcladora de cemento.

-¿Me promete que no gritará? -preguntó. La mujer asintió con la cabeza y De Spain apartó la mano-. ¿Dónde está Greb?

Le arrancó los otros trozos de esparadrapo.

La mujer tragó saliva, se tocó la frente con la mano de uñas rojas y meneó la cabeza.

-No lo sé. No ha vuelto a casa.

-¿Qué le dijo el gorila para que lo dejara pasar?

-Nada -respondió hoscamente-. Sonó el timbre, abrí la puerta y ese hombre entró y me sujetó. El muy bestia me cubrió de esparadrapo y me preguntó dónde estaba mi marido. Le respondí que no lo sabía y me pegó varios bofetones, pero al final pareció creerme. Me preguntó por qué mi marido no se había llevado el coche y le dije que siempre va y vuelve andando del trabajo. Después se sentó en un rincón y no se movió ni habló. Ni siquiera fumó.

-¿Habló por teléfono? -preguntó De Spain.

-No.

-¿Lo había visto antes?

-No.

-Vístase -añadió De Spain-. Busque algunos amigos que puedan alojarla esta noche.

La mujer lo miró, se incorporó lentamente y se mesó los cabellos. Abrió la boca y De Spain volvió a tapársela con decisión.

-Espere -ordenó-. Por lo que sabemos, a su marido no le ha pasado nada. De todos modos, sospecho que no se asombraría demasiado si le ocurriese algo.

La mujer apartó la mano del poli, abandonó la cama, se acercó a la cómoda y sacó una botella de whisky. Le quitó la tapa y bebió un sorbo.

-Sí -dijo con voz firme y ronca-. ¿Qué haría si tuviese que untar a un montón de médicos por cada centavo que gana y, para colmo, gana poco? -bebió otro trago.

-Tal vez cambiaría las muestras de sangre -replicó De Spain.

La mujer lo miró perpleja. De Spain me observó y se encogió de hombros.

-Tal vez es buen material -añadió-. Quizá comercia con él. A juzgar por cómo vive, debe ser muy poco -paseó desdeñoso la mirada por la sala-. Señora, vístase.

Salimos y cerramos la puerta. De Spain se inclinó sobre Gran Mentón, que yacía boca arriba y algo ladeado. El hombre fornido se quejaba sin cesar con la boca abierta, sin estar totalmente desmayado ni plenamente consciente de lo que ocurría. De Spain, que seguía guiándose por la tenue luz del vestíbulo, miró el trozo de esparadrapo que llevaba adherido a la palma de la mano y de sopetón rió. Pegó el esparadrapo en la boca de Gran Mentón.

-¿Conseguiremos que camine? -preguntó-. No me gustaría nada tener que acarrearlo.

-No lo sé -repliqué-. Yo sólo estoy de paso. ¿Hasta dónde quiere que camine?

-Colina arriba, donde todo está tranquilo y trinan los pájaros -repuso De Spain muy serio.

Me senté en el estribo del coche, con la enorme linterna acampanada colgada entre las rodillas. Aunque no iluminaba mucho, bastaba para lo que De Spain le hacía a Gran Mentón. Sobre nosotros había un depósito techado y después el terreno se inclinaba hacia un gran cañón. Más o menos a un kilómetro había dos casas en la cima de la colina, ambas a oscuras, y el claro de luna relucía en las paredes de estuco. Aunque a esa altura hacía frío, el aire estaba despejado y las estrellas semejaban trocitos de cromo lustrado. La ligera bruma que cubría Bay City parecía muy lejana, como si formara parte de otro distrito, pero sólo estaba a diez minutos en coche.

De Spain se había quitado la chaqueta. Se había arremangado la camisa y sus muñecas y sus gruesos brazos lampiños aparecían enormes bajo esa luz débil y áspera. Su chaqueta estaba en el suelo, entre Gran Mentón y él. La pistolera reposaba sobre la chaqueta, con el arma puesta y la culata hacia Gran Mentón. Como la chaqueta se encontraba ligeramente a un lado, entre De Spain y Gran Mentón se abría un pequeño espacio de grava pisoteada que la luna iluminaba. La pistola estaba a la derecha de Gran Mentón y a la izquierda de De Spain.

Después de un prolongado silencio en el que sólo se oían nuestras respiraciones, De Spain dijo:

-Vuelva a intentarlo.

Habló a la ligera, como si se dirigiera a alguien que juega con una máquina de pinball.

La cara de Gran Mentón era un amasijo sanguinolento. No logré verla roja, pero una o dos veces lo enfoqué con la linterna y supe que estaba allí. Tenía las manos libres y la patada que había recibido en salva sea la parte había ocurrido hacía mucho tiempo, al otro lado de los océanos de dolor. Gimió, súbitamente golpeó a De Spain con el lado izquierdo de la cadera, se apoyó en la rodilla derecha y se abalanzó sobre la pistola.

De Spain le pateó la jeta.

Gran Mentón rodó sobre la grava, se cubrió la cara con las manos y entre sus dedos escapó un gemido. De Spain se acercó y le pateó el tobillo. Gran Mentón aulló. De Spain retornó a su posición original, próxima a la chaqueta y a la pistola enfundada. Gran Mentón rodó, se puso de rodillas y meneó la cabeza. Grandes gotas oscuras rodaron de su cara hasta el terreno cubierto de grava. Se irguió lentamente y permaneció acuclillado unos instantes.

-Levántate -dijo De Spain-. Eres un hueso duro de roer. Cuentas con el apoyo de Vance Conried que, a su vez, está respaldado por la mafia. Puede que hasta el jefe Anders te apoye. Yo sólo soy un piojoso detective que no llegará a ninguna parte. Levántate. Montaremos el espectáculo.

Gran Mentón se lanzó hacia la pistola. Aunque su mano rozó la culata, sólo la giró un poco. De Spain clavó el tacón en esa mano y lo movió a derecha e izquierda. Gran Mentón gritó. De Spain retrocedió y dijo cansino:

-No te habrán dominado en todos los terrenos, ¿verdad, encanto?

-Ya está bien, ¿por qué no lo deja hablar? -pregunté a duras penas.

-Porque no quiere hablar -respondió De Spain-. No es de los que hablan. Es un tipo duro.

-En ese caso, dispárele de una vez a este pobre infeliz.

-Ni lo sueñe. No pertenezco a ese tipo de policía. Escucha, Moss, este tío cree que soy un madero sádico que de vez en cuando necesita golpear una cabeza con un trozo de tubería de plomo para no sufrir de indigestión a causa de los nervios. No permitirás que piense de esa

manera, ¿eh? Ésta es una pelea limpia, me superas en diez kilos y mira dónde está la pistola.

-Supongo que sí -masculló Gran Mentón-. Tu compañero podría irse de la lengua y delatarme.

-Ni lo sueñes. Vamos, chicarrón, sólo una vez más. Aún te quedan fuerzas.

Gran Mentón volvió a ponerse en pie. Se levantó tan despacio que parecía un escalador. Se balanceó y con la mano se apartó la sangre de la cara. Me dolía la cabeza y se me revolvió el estómago.

De repente Gran Mentón giró el pie derecho. Durante una milésima de segundo pareció que iba a pasar algo, pero De Spain sujetó el pie en el aire, retrocedió y pegó un tirón. Sostuvo la pierna estirada y el matón se balanceó sobre el otro pie en su intento de mantener el equilibrio.

De Spain comentó con tono coloquial:

-Cuando lo hiciste estuvo bien porque llevabas un arma en la mano, yo las tenía vacías y calculaste que no correría semejante riesgo. Pero ahora puedes ver que era juego sucio.

Torció rápidamente el pie con las dos manos. El cuerpo de Gran Mentón pareció elevarse por los aires y caer de lado. Su hombro y su cara se aplastaron contra el suelo y De Spain no soltó el pie. Siguió girándolo. Gran Mentón se sacudió en el suelo y emitió bruscos sonidos animales, ahogados a medias por la grava. De Spain tiró brusca y súbitamente del pie. Gran Mentón chilló como si doce sábanas se rasgaran al mismo tiempo.

De Spain se adelantó y pisó el tobillo del otro pie de Gran Mentón. Presionó con el cuerpo sobre el pie que sostenía entre las manos y separó las piernas de Gran Mentón. Éste intentó respirar y gritar a la vez y emitió un sonido afín al ladrido de un perro muy grande y viejísimo.

-A la gente se le paga por lo que yo hago -dijo De Spain-. No me refiero a calderilla, sino a pasta de verdad. Debería tener mi parte.

-¡Suéltame! -gritó Gran Mentón-. ¡Hablaré! ¡Hablaré!

De Spain le separó un poco más las piernas. Movió el pie y de repente Gran Mentón se relajó. Fue como si un león marino se desmayara. De Spain perdió el equilibrio y se tambaleó hacia un lado mientras la pierna chocaba contra el suelo. Sacó el pañuelo del bolsillo y muy despacio se secó la cara y las manos.

-Está fofo -comentó-. Bebe demasiada cerveza. Parecía un tipo sano. Quizá tiene que ver con que siempre lleva el trasero detrás del volante.

-Y un arma en la mano -apostillé.

-No es mala idea -opinó De Spain-. Más vale que no pierda su amor propio.

Se acercó a Gran Mentón y le propinó una patada en las costillas. A la tercera se oyó un gruñido y se percibió un brillo en la nada donde habían estado los párpados de Gran Mentón.

-Levántate -ordenó De Spain-. No te haré más daño.

Gran Mentón se incorporó, esfuerzo que le llevó un minuto. Su boca, mejor dicho, lo que le quedaba, estaba forzadamente abierta. Me hizo recordar la boca de otro hombre y ya no lo compadecí. Dio manotazos al aire, en busca de algo en lo que apoyarse.

-Mi compañero dice que sin un arma en la mano eres un cobarde. No me gustaría que un tío fuerte como tú se convirtiera en un cobarde. Usa mi cacharro -De Spain pateó ligeramente la sobaquera para separarla de la chaqueta y acercarla al pie de Gran Mentón.

Gran Mentón hundió los hombros para mirar el arma. Ya no podía girar el cuello.

-Hablaré -murmuró.

-Nadie te pide que hables. Te he pedido que cojas esa pistola. No me obligues a echarte de nuevo al suelo para que la empuñes. Quiero verte con el arma en la mano.

Gran Mentón se arrodilló a trancas y barrancas y cerró lentamente la mano sobre la culata de la pistola. De Spain lo miró sin moverse.

-Así me gusta. Ya es tuya. Vuelves a ser un tipo duro. Ahora puedes cargarte otras mujeres. Quítala de la funda.

Muy despacio, mediante un esfuerzo que parecía enorme, Gran Mentón retiró la pistola de la sobaquera y siguió arrodillado, con el arma colgada entre las piernas.

-¿Qué me dices? ¿No piensas cargarte a nadie? -lo provocó De Spain.

Gran Mentón dejó caer la pistola y sollozó.

-¡Mira lo que haces! -chilló De Spain-. Pon esa pistola en su sitio. No me gusta que se ensucie, la mantengo siempre limpia.

Gran Mentón buscó el arma a tientas, la aferró y la guardó lentamente en la funda de cuero. Ese esfuerzo consumió las fuerzas que le quedaban. Cayó de bruces sobre la pistolera.

De Spain lo cogió del brazo, lo hizo rodar boca arriba y recogió la cartuchera. Frotó la culata con la mano y se colocó la sobaquera alrededor del pecho. Recuperó la chaqueta y se la puso.

-Dejaremos que se las arregle -dijo-. No creo que se pueda hacer hablar a un tío que no quiere. ¿Tiene un cigarrillo?

Con la mano izquierda saqué la cajetilla del bolsillo, aflojé un pitillo y se lo ofrecí. Encendí la linterna y apunté al cigarrillo saliente y a sus dedos gruesos, que se acercaron a cogerlo.

-No hace falta -dijo. Buscó una cerilla, la encendió y aspiró lentamente. Apagué la linterna. De Spain paseó la mirada por la colina hacia el mar, la curva de la playa y los muelles iluminados-. Aquí arriba se está muy bien -comentó.

-Hace frío incluso en verano -opiné-. Un trago no me vendría nada mal.

-A mí tampoco -respondió De Spain-. Pero no puedo beber.

EL PINCHADOR

De Spain detuvo el coche en la puerta del Colegio de Médicos y Cirujanos y alzó la vista hasta una ventana iluminada de la sexta planta. El diseño del edificio consistía en una sucesión de alas extendidas, por lo que todas las consultas daban al exterior.

-Es increíble -comentó De Spain-. A esta hora y aún está ahí arriba. Me figuro que este tío no duerme nunca. Eche un vistazo a la cafetera estacionada calle abajo.

Me apeé y pasé delante del drugstore a oscuras, que se alzaba a un lado de la entrada al vestíbulo del edificio. Había un sedán negro y largo estacionado diagonal y correctamente en uno de los espacios reservados, como si fuera mediodía en lugar de cerca de las tres de la mañana. Junto a la matrícula delantera del sedán aparecía el emblema de los médicos: el báculo de Hipócrates y la serpiente enroscada. Iluminé el coche con la linterna, leí parte del nombre del propietario y volví a quedar a oscuras. Me reuní con De Spain.

-Controlado -dije-. ¿Cómo supo que era la ventana de su consulta y que estaría aquí a estas horas?

-Está cargando sus inyecciones. Lo sé porque lo he vigilado.

-¿Por qué lo ha vigilado?

Me miró pero no dijo nada. Miró por encima del hombro hacia el asiento trasero del coche.

-¿Cómo estás, compañero?

De debajo de la alfombrilla del coche escapó un sonido ronco que pretendía ser una voz.

-Le gusta viajar en coche -comentó De Spain. A todos los tíos duros les agrada dar una vuelta en coche. Bueno, estacionaré en el callejón y subiremos.

Giró en la esquina con los faros apagados y el sonido del motor se perdió en la oscuridad salpicada por la luz de la luna. En la acera de enfrente, una hilera de eucaliptos altísimos bordeaba una serie de pistas públicas de tenis. Desde el mar, el olor a algas trepaba por el bulevar.

De Spain caminó desde la esquina del edificio, subió hasta la puerta cerrada del vestíbulo y dio con los nudillos en la gruesa luna. En el fondo se veía la luz del ascensor junto a un enorme buzón de bronce. Un anciano salió del ascensor, deambuló por el pasillo hasta la puerta y se nos quedó mirando con las llaves en la mano. De Spain le mostró su placa. El viejo bizqueó, abrió la puerta, nos hizo pasar y la cerró sin decir esta boca es mía. Regresó por el pasillo hasta el ascensor, acomodó el almohadón casero que tenía sobre el taburete, se acomodó la dentadura postiza con la lengua y preguntó:

-¿Qué quieren?

Su rostro afilado y gris parecía protestar incluso cuando no hablaba. Los bajos de su pantalón estaban raídos y uno de sus zapatos negros con el tacón desgastado contenía un juanete. La chaqueta azul del uniforme le sentaba como el establo a un caballo.

-¿El doctor Austrian está arriba? -preguntó De Spain.

-No me sorprendería.

-No pretendo sorprenderlo -replicó De Spain-. Si fuera mi intención, me habría puesto los leotardos de color rosa.

-Pues sí, está arriba -confirmó el viejo con acritud.

-¿Cuándo vio por última vez a Greb, el analista de la cuarta?

-No lo he visto.

-Abuelo, ¿a qué hora entra a trabajar?

-A las siete.

-De acuerdo. Llévenos a la sexta.

El viejo cerró las puertas, nos elevó despacio, volvió a abrirlas y permaneció como un

trozo de madera gris tallada para asemejarse a un ser humano.

De Spain alzó el brazo y cogió la llave maestra que pendía de la cabeza del anciano.

-No puede hacer eso -protestó el viejo.

-¿Quién dice que no? -el anciano meneó colérico la cabeza, pero no dijo nada-. Abuelo, ¿qué edad tiene?

-Pronto cumpliré sesenta.

-¡Y un huevo! Supera con ganas los setenta. ¿Cómo ha conseguido el permiso para llevar el ascensor?

El anciano guardó silencio y chasqueó su dentadura postiza.

-Así me gusta -afirmó De Spain-. Ocúpese de esta vieja carraca y todo saldrá a pedir de boca. Abuelo, lleve el ascensor a la planta baja.

Nos apeamos, el ascensor bajó lentamente por el hueco. De Spain clavó la vista en el pasillo y balanceó la anilla con la llave maestra.

-Preste atención -dijo-. La suite de cuatro habitaciones está al final. Hay una recepción creada cortando por la mitad una consulta a fin de hacer dos recepciones en las suites adyacentes. Al final de la recepción aparece un pasillo estrecho al otro lado de la pared de este pasillo, un par de estancias pequeñas y la consulta del médico. ¿Lo ha entendido?

-Sí -repliqué-. ¿Qué se propone, tomarla por asalto?

-Después de la muerte de su esposa vigilé unos días a este tipo.

-Es una pena que no vigilara a la enfermera pelirroja de la consulta, la que se cargaron esta noche.

De Spain me contempló parsimoniosamente desde sus profundos ojos negros, con expresión impasible.

-Tal vez lo hice mientras se me presentó la ocasión.

-Vamos, ni siquiera sabía su nombre -afirmé y lo miré fijo-. Fui yo quien le dijo quién era. De Spain se quedó pensativo.

-Me imagino que es muy distinto verla con la bata blanca de la consulta que desnuda y muerta sobre una cama.

-Por supuesto -repliqué sin dejar de mirarlo.

-Claro. Llame a la puerta de la consulta, la tercera desde el extremo. Cuando el doctor abra, me colaré en la recepción, entraré e intentaré enterarme de lo que dice.

-Me parece muy bien, pero no soy un tío de suerte.

Bajamos por el pasillo. Las puertas eran de madera maciza, estaban bien construidas y por debajo no se colaba ni el menor atisbo de luz. Apoyé la oreja en la que De Spain me indicó y percibí ligeros movimientos en el interior. Hice una señal a De Spain, que se encontraba en el extremo del pasillo. Introdujo lentamente la llave maestra en la cerradura mientras yo llamaba enérgicamente a la puerta y por el rabillo del ojo lo vi desaparecer. La puerta se cerró a sus espaldas casi en el acto. Volví a llamar.

La puerta se abrió bruscamente y un hombre alto se detuvo a unos treinta centímetros, mientras el apliqué del techo iluminaba sus cabellos color arena clara. Estaba en mangas de camisa y sostenía un maletín plano de piel. Era delgado como un palo, con las cejas pardas y expresión desdichada. Sus manos eran hermosas, largas y finas, con yemas cuadradas en lugar de puntiagudas. Tenía las uñas brillantes y muy bien cortadas.

-¿Es usted el doctor Austrian? -pregunté. Asintió con la cabeza. Su nuez se desplazó vagamente por su cuello delgado.

-Sé que no es la mejor hora para venir de visita, pero es muy difícil dar con usted. Soy detective privado, trabajo en Los Ángeles y mi cliente es Harry Matson.

No se sobresaltó o estaba tan acostumbrado a ocultar sus sentimientos que no se notó. Volvió a mover la nuez, movió el maletín, lo miró con expresión de desconcierto y retrocedió.

-Ahora no tengo tiempo para hablar con usted. Vuelva mañana -pidió.

-Greb me dijo lo mismo.

Pegó un brinco. No gritó ni le dio un patatús, pero me di cuenta de que estaba desconcertado.

-Pase -murmuró con voz ronca.

Entré y cerré la puerta. Vi un escritorio que parecía de cristal negro. Las sillas eran de tubo de cromo con tapizado de lana basta. La puerta de la habitación contigua, a oscuras, estaba entreabierta. Vi la sábana blanca estirada sobre la camilla y unas cosas semejantes a estribos. No percibí el menor sonido.

Sobre el escritorio de cristal negro había extendido una toalla y sobre ésta se encontraban cerca de doce jeringas hipodérmicas, con las agujas al lado. De la pared colgaba un esterilizador que funcionaba a electricidad y que sin duda contenía otras doce agujas y jeringas. En ese momento estaba encendido. Me acerqué y miré el esterilizador mientras el hombre alto y delgado rodeaba el escritorio y tomaba asiento.

-Tiene muchas agujas -comenté y me senté en una de las sillas próximas al escritorio.

-¿Qué quiere de mí? -su voz seguía ronca.

-Tal vez pueda hacerle un favor relacionado con la muerte de su esposa.

-Muy amable de su parte -replicó sereno-. ¿Qué tipo de favor?

-Quizá pueda decirle quién la asesinó.

Le brillaron los dientes cuando esbozó una sonrisa extraña y forzada. Se encogió de hombros y habló con tanta calma como si estuviéramos charlando sobre el tiempo.

-*Eso* sí que sería muy amable de su parte. Creí que se había suicidado. Parece que el forense y la policía coincidían conmigo. Claro que un detective privado...

-Greb no opinaba lo mismo -lo interrumpí sin hacer demasiado esfuerzo por llegar a la verdad-. Es el analista que cambió la muestra de sangre de su esposa por la de un caso verdadero de intoxicación por monóxido de carbono.

Me observó tranquilo con sus ojos profundos, pesarosos y distantes bajo las cejas pardas.

-Usted no se ha visto con Greb -aseguró como si interiormente le causara gracia-. Sé por casualidad que este mediodía viajó al este porque su padre ha muerto en Ohio.

Se incorporó, se acercó al esterilizador eléctrico, consultó su reloj de pulsera y desconectó el aparato. Regresó al escritorio, abrió una cigarrera chata, se puso un pitillo en la boca y me la acercó por encima del escritorio. Me estiré y cogí un cigarrillo. Eché un rápido vistazo a la oscura sala de reconocimiento, pero no percibí nada que no hubiese detectado antes.

-¡Qué extraño! -exclamé-. La esposa de Greb no lo sabe. Y Gran Mentón tampoco. Estuvo esperando a que Greb volviese a su casa para cargárselo mientras tenía a su esposa sujeta con esparadrapo a la cama.

El doctor Austrian se dignó mirarme. Buscó una caja de cerillas en el escritorio, abrió un cajón, extrajo una pequeña automática de mango blanco y la apoyó sobre el dorso de la mano. Con la otra me pasó una caja de cerillas.

-El arma no le hará falta -dije-. Se trata de una charla de negocios y quiero demostrarle lo rentable que resulta sostenerla.

Se quitó el cigarrillo de la boca y lo tiró sobre el escritorio.

-Yo no fumo -explicó-. Tuve que hacer lo que podríamos llamar un gesto imprescindible. Me alegra saber que el arma no hace falta. De todos modos, prefiero esgrimirla y no usarla que necesitarla y no contar con ella. Dígame, ¿quién es Gran Mentón y qué otra cosa importante tiene que decir antes de que llame a la policía?

-Escúcheme. Para eso he venido. Su esposa jugaba mucho a la ruleta en el club de Vance Conried y perdía el dinero que usted ganaba con esas agujitas casi tan rápido como lo conseguía. También circula el rumor de que estaba liada con Conried. Puede que a usted le diera igual, dado que pasaba la noche fuera y estaba demasiado ocupado para hacer de esposo. Sin embargo, es probable que el dinero le importase porque se arriesgaba mucho para ganarlo. Volveré más tarde sobre este tema. La noche de la muerte, su esposa se puso histérica en el Club Conried, lo llamaron y usted acudió y le dio una endovenosa para calmarla. Conried la acompañó a casa. Usted telefoneó a la enfermera de la consulta, Helen Matson, la ex esposa de Matson, para pedirle que fuese a su casa y comprobara que su esposa estaba bien. Más tarde, Matson la encontró muerta en el garaje, bajo el coche, y lo contactó. Usted apeló al jefe de la policía y se echó tanta tierra sobre el asunto que no se volvió a oír hablar del tema. Pero Matson, que fue el primero en llegar a la escena, tenía algo. No tuvo suerte cuando intentó sacarle dinero porque, a la chita callando, usted es un tío con muchas agallas. También es

posible que su amigo, el jefe Anders, le dijese que no servía de prueba. Por eso Matson intentó chantajear a Conried, se creyó que si el caso se presentaba ante el jurado de acusación que en este momento se está reuniendo todo caería sobre el garito de Conried, quedaría más clausurado que un pistón fundido, la gente que lo respaldaba se cabrearía y le quitaría los caballos para jugar al polo. La idea le sentó fatal a Conried y pidió a un matón llamado Moss Lorenz, actualmente el chofer del alcalde y con anterioridad guardaespaldas de Conried, así como el tío al que he apodado Gran Mentón, que se ocupara de Matson. A éste le quitaron la licencia y lo expulsaron de Bay City. Pero a su manera también tenía agallas, así que se encerró en un bloque de apartamentos de Los Ángeles y perseveró en sus propósitos. Por algún motivo, el encargado de la casa de apartamentos se enteró de lo que pasaba, ignoro cómo, pero la policía de Los Ángeles ya se ocupará de averiguarlo, y dio el chivatazo. Esta misma noche Gran Mentón fue a la ciudad y se deshizo de Matson.

Dejé de hablar y contemplé al hombre alto y delgado. Su expresión no había cambiado. Parpadeó un par de veces y jugueteó con el arma. En la consulta imperaba un silencio absoluto. Agucé el oído para percibir la respiración en la estancia contigua, pero no oía nada.

-¿Matson está muerto? -preguntó muy despacio el doctor Austrian-. No creerá que tuve algo que ver. Su rostro brillaba tenuemente.

-Francamente, no lo sé -reconocí-. Greb era el eslabón débil de su montaje y hoy alguien le dijo que abandonase rápidamente la ciudad..., si se fue a mediodía, antes de que mataran a Matson. Probablemente alguien le dio dinero, porque vi su casa y no me pareció la vivienda de una persona que gana pasta.

-¡Maldito Conried! -exclamó velozmente el doctor Austrian-. Me telefoneó a primera hora y me dijo que sacase a Greb de la ciudad. Le di dinero pero... -se interrumpió, pareció cabrearse consigo mismo y volvió a mirar el arma.

-Pero usted no sabía qué se estaba cocinando. Doctor, le creo, le aseguro que le creo. Haga el favor de bajar el arma un rato más.

-Prosiga -pidió tenso-. Continúe con su relato.

-De acuerdo. Queda mucho por contar. La policía de Los Ángeles encontró el cadáver de Matson, pero no se presentará hasta mañana. En primer lugar, porque es muy tarde y, en segundo, porque cuando aten cabos no querrán perderse el caso. El Club Conried está en los límites de Los Ángeles y al jurado de acusación del que le hablé le encantará. Cogerán a Moss Lorenz, éste presentará un recurso y se tragará unos pocos años en chirona. Así se manejan estas cosas cuando los mecanismos legales entran en juego. La siguiente cuestión es cómo sé que lo hizo Gran Mentón. Pues porque nos lo dijo. Un compañero y yo fuimos a visitar a Greb. Gran Mentón acechaba en su casa, a oscuras, con la señora Greb sujeta a la cama con esparadrapo y nos lo llevamos. Lo llevamos a las colinas, le dimos su merecido y habló. Me compadecí del pobre desgraciado. Dos asesinatos y ni siquiera cobró.

-¿Dos asesinatos? -preguntó el doctor Austrian azorado.

-Ya se lo explicaré. Veamos ahora en qué situación se encuentra usted. Dentro de un rato me dirá quién se cargó a su esposa y lo más gracioso es que no le creeré.

-¡Dios mío! -murmuró-. ¡Dios mío!

Me apuntó y soltó la pistola tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de esquivarlo.

-Soy el hombre de los milagros. Soy el gran detective norteamericano..., el que nunca ve un centavo. Pese a que intentó contratar mis servicios, jamás hablé con Matson. Le diré qué tenía contra usted, cómo asesinaron a su esposa y por qué sé que usted no lo hizo. Y se lo diré todo a cambio de nada.

No le hizo gracia. Suspiró con los labios apretados y su rostro se tornó viejo, gris y tenso bajo los cabellos color arena clara pintados sobre su cráneo huesudo.

-Matson tenía contra usted un escarpín de terciopelo verde esmeralda. Verschoyle de Hollywood lo fabricó para su esposa..., se lo hicieron a medida y en el interior figuraba el número de su horma. Estaba nuevo, sin estrenar. Le confeccionaron dos pares exactamente iguales. Llevaba un par puesto cuando Matson la encontró. Ya sabe dónde la encontró: en el suelo del garaje, y para llegar hasta allí tuvo que caminar por la senda de cemento que sale de la puerta de servicio de la casa. No es posible que hubiese andado con aquel escarpín tan

delicado. Por eso sé que la asesinaron. Quienquiera que le puso los escarpines colocó uno usado y otro sin estrenar. Matson se percató y se guardó el escarpín. Entonces usted le pidió que llamara al jefe desde su casa, entró a hurtadillas, cogió el otro escarpín usado y se lo puso. Sin duda se dio cuenta de que Matson se había quedado con el otro escarpín. Ignoro si usted se lo contó a alguien. ¿Correcto?

Bajó un centímetro la cabeza. Aunque se estremeció ligeramente, la mano que esgrimía la automática con mango de hueso no tembló.

-Así fue como la asesinaron. Greb era peligroso para alguien, lo que demuestra que su esposa *no murió* por envenenamiento con monóxido de carbono. Estaba muerta cuando la metieron debajo del coche. Murió a causa de la morfina. Reconozco que es una conjetura, pero muy precisa, porque seria el único modo de matarla que lo obligaría a usted a encubrir al asesino. Fue fácil para alguien que disponía de morfina y tenía la posibilidad de utilizarla. Bastaba con inyectarle una segunda dosis letal en el mismo sitio en que usted le había aplicado la inyección más temprano. Después volvió a casa y la encontró muerta. Tuvo que encubrir la situación porque sabía cómo había muerto y no podía permitir que saliese a la luz. Usted está en el negocio de la morfina.

El médico sonrió. La sonrisa le colgó de las comisuras como telarañas en los rincones de un techo antiguo. Ni se percató de que sonreía.

-Es usted interesante -afirmó-. Creo que voy a matarlo, pero no deja de ser un tipo interesante.

Señalé el esterilizador eléctrico.

-En Hollywood hay veintitantos médicos como usted: pinchadores. Hacen la ronda nocturna con maletines de piel repletos de jeringas cargadas. Evitan que los toxicómanos y los borrachos se vuelvan locos..., al menos durante un rato. De vez en cuando alguien se vuelve adicto y surge un problema. Quizá la mayoría de las personas a las que atiende acabarían en chirona o en el manicomio si no las cuidara. Sin duda perderían sus trabajos, si es que los tienen. Algunas ocupan cargos muy importantes. Pero es peligroso, porque cualquier resentido puede poner a los federales sobre su pista y en cuanto interroguen a sus pacientes encontrarán a alguien dispuesto a hablar. Intenta protegerse parcialmente, consiguiendo parte de la morfina por canales ilegales. Yo diría que Conried le proporcionaba una parte y que por esto tuvo que permitirle que se quedara con su esposa y con su dinero.

-No se anda con chiquitas, ¿verdad? -preguntó el doctor Austrian casi amablemente.

-¿Por qué iba a hacerlo? Ésta es una charla de hombre a hombre. No puedo demostrar nada. El escarpín que Matson robó es perfecto para un enredo, pero ante un tribunal no vale nada. Cualquier abogado defensor ridiculizaría a un mequetrefe como Greb, por mucho que lo trajeran para prestar testimonio. Sin embargo, a usted le costaría un pastón conservar su licencia de médico.

-Entonces lo mejor sería que ahora le diera una parte. ¿A eso apunta? -preguntó en voz baja.

-No. Guárdese el dinero para pagar un seguro de vida. Quiero dejar claro algo más. ¿Está dispuesto a reconocer, de hombre a hombre, que mató a su esposa?

-Sí -replicó sencilla y directamente, como si le hubiese pedido un cigarrillo.

-Me lo suponía, pero no es necesario. Usted vio a la persona que mató a su esposa porque ésta dilapidaba dinero que para otra mujer podía ser muy divertido gastar. También sabía que Matson estaba enterado y que Conried intentaba quitársela de encima. Por eso se la cargaron..., anoche, en Brayton Avenue. No es necesario que siga encubriéndola. Vi su foto en la repisa, la que dice *Con todo mi amor, Leland,* y la oculté. Ya no hace falta que la encubra porque Helen Matson ha muerto.

Me desplacé en la silla cuando la automática se disparó. Esta vez me había dicho que no intentaría disparar, pero sin duda una parte de mi ser no quedó convencida. La silla cayó, acabé a gatas en el suelo y en ese instante un arma mucho más sonora se disparó en la habitación a oscuras donde estaba la camilla.

De Spain franqueó la puerta con la humeante arma de reglamento en su manaza derecha.

-¡Chico, qué disparo! -exclamó y se detuvo sonriente.

Me levanté y miré al otro lado del escritorio. El doctor Austrian estaba inmóvil, se sujetaba la mano derecha con la izquierda y la movía suavemente. No tenía la automática en la mano. Paseé la mirada por el suelo y la descubrí junto al escritorio.

-Caramba, ni siquiera le he dado -añadió De Spain-. Sólo le pegué a la automática.

-Ha sido perfecto -dije-. ¿Y si me hubiese dado en la cabeza?

De Spain me miró serenamente y dejó de sonreír.

-Hay que admitir que le ha hecho pasar un mal rato. ¿De dónde sacó la idea de guardarse lo del escarpín verde?

-Me harté de ser su comparsa -repliqué-. Quería jugar un poco a mi manera.

-¿Cuánto hay de verdad en lo que dijo?

-Matson tenía el escarpín y algún significado debía de tener. He atado cabos y creo que todo es verdad.

El doctor Austrian se levantó lentamente del sillón y De Spain le apuntó. El hombre delgado y ojeroso meneó lentamente la cabeza, se acercó a la pared y se recostó.

-Yo la maté -dijo con voz mortecina sin dirigirse a nadie en concreto-. No fue Helen. Yo la maté. Llame a la policía.

A De Spain se le demudó la expresión, se agachó, recogió la automática con el mango de hueso y se la guardó en el bolsillo. Metió el arma de reglamento en la sobaquera, se sentó ante el escritorio y se acercó al teléfono.

-Ya verá cómo aparto de este asunto al jefe de Homicidios -afirmó impertérrito.

UN TÍO CON AGALLAS

El menudo jefe de policía entró con pasos ligeros, con el sombrero caído sobre la coronilla y las manos en los bolsillos de un abrigo oscuro y ligero. Llevaba algo grande y pesado en el bolsillo derecho del abrigo. Detrás había dos agentes de paisano y uno era Weems, el individuo fornido y de cara regordeta que me había seguido hasta Altair Street. Cerraba la retaguardia Pequeñajo, el poli uniformado que nos habíamos quitado de encima en Arguello Boulevard.

El jefe Anders se detuvo a pocos pasos de la puerta y me sonrió con cara de pocos amigos.

-Me han dicho que se ha divertido a lo grande en nuestra ciudad. Weems, póngale las esposas.

El hombre fornido rodeó a su jefe y sacó las esposas del bolsillo izquierdo.

-Encantado de volver a verlo..., con los pantalones bajados -repitió con sorna.

De Spain se recostó en la pared contigua a la puerta de la sala de reconocimiento. Mordisqueaba una cerilla y miraba en silencio. El doctor Austrian había vuelto a sentarse en su sitio. Se sujetaba la cabeza con las manos y miraba el brillante tablero negro del escritorio, la toalla con hipodérmicas, el pequeño calendario perpetuo de color negro, el juego de escritorio y unos pocos chismes más. Estaba pétreamente pálido y no se movía, hasta parecía que no respiraba.

-Jefe, no se dé muchas prisas -dijo De Spain-. Este tío tiene amigos en Los Ángeles que están investigando la muerte de Matson. El chico periodista tiene un cuñado que es policía. ¿A que no lo sabía?

El jefe hizo un movimiento impreciso con la barbilla.

-Weems, espere un momento -se dirigió a De Spain-. ¿Quiere decir que en la ciudad saben que Helen Matson ha sido asesinada?

El doctor Austrian alzó nervioso su rostro macilento. Se tapó con las manos y se cubrió toda la cara con sus largos dedos.

-Jefe, me refiero a Harry Matson. Esta noche..., anoche..., ahora... Moss Lorenz se lo cargó en Los Ángeles.

El jefe pareció tragarse sus delgados labios y habló con la boca fruncida:

-¿Cómo lo sabe?

-El detective y yo seguimos a Moss. Estaba escondido en la casa de un tal Greb, el analista de laboratorio que se encargó de la muerte de la señora Austrian. Moss se había ocultado porque levantaría tal polvareda que el alcalde pensaría que le tocaba una nueva inauguración, se presentaría con un ramo de flores y pronunciaría un discurso. Siempre y cuando nadie se ocupara de Greb y los Matson. Parece que los Matson trabajaban juntos, pese a estar divorciados. Le sacaban dinero a Conried y éste decidió poner punto final a la situación.

El jefe volvió la cabeza y ordenó a sus subalternos:

-Esperen en el pasillo.

El poli de paisano al que yo no conocía abrió la puerta y salió; Weems lo siguió luego de una ligera vacilación. Pequeñajo estaba a punto de franquear la puerta cuando De Spain dijo:

-Quiero que Pequeñajo se quede. Es un buen policía, no se parece a los dos sobornadores de la brigada contra el vicio con los que se ha acostado últimamente.

Pequeñajo soltó la puerta, se recostó en la pared y sonrió con disimulo. El jefe se puso rojo como un tomate.

-¿Quién le encomendó la muerte de la Brayton Avenue? -quiso saber.

-Yo mismo, jefe, yo mismo. Estaba en la sala de detectives uno o dos minutos después de que llamaran y fui con Reed. Recogimos a Pequeñajo. Tanto él como yo estábamos fuera de

servicio.

De Spain hizo una mueca, una mueca severa y perezosa que no contenía diversión ni triunfalismo. Sólo era una mueca.

El jefe sacó un arma del bolsillo del abrigo. Medía treinta centímetros y era de reglamento, pero sabía esgrimirla. Preguntó seriamente:

-¿Dónde está Lorenz?

-Escondido. Se lo hemos preparado. Tuve que darle unos cuantos golpes y al final habló. ¿No es verdad, detective?

-Él dice algo que podría ser sí o no, pero suena bien -dije.

-Así se habla -afirmó De Spain-. Jefe, no debería perder el tiempo con los homicidios. Los detectives de juguete que dirige no saben nada del trabajo policial, salvo registrar apartamentos y asustar a las mujeres que viven solas. Devuélvame mi trabajo y déme ocho hombres y le enseñaré a investigar un homicidio.

El jefe miró el pistolón y la cabeza hundida del doctor Austrian.

-De modo que mató a su esposa -comentó en voz baja-. Supe que la posibilidad existía, pero no me lo creí.

-Y no se lo crea ahora -intervine-. La mató Helen Matson. El doctor Austrian lo sabe. La encubrió, usted lo encubrió a él y el médico aún sigue dispuesto a encubrirla. En algunos casos el amor llega hasta estos extremos. Jefe, en esta ciudad una chica puede cometer un crimen, lograr que sus amigos y la policía la encubran y a continuación chantajear precisamente a las personas que le sacaron las castañas del fuego.

El jefe se mordió el labio. Su mirada era fulminante, pero estaba pensando..., pensaba frenéticamente.

-No me extraña que la liquidaran -murmuró-. Lorenz...

-Tómese unos minutos para pensar -aconsejé-. Lorenz no mató a Helen Matson. Dijo que la había matado, pero De Spain lo apaleó hasta el extremo de que habría confesado que le disparó a McKinley.

De Spain se irguió. Tenía las manos en los bolsillos de la chaqueta. Allí permanecieron. Continuó en pie, con las plantas de los pies bien apoyadas y un mechón de pelo negro asomando por debajo del ala del sombrero.

-¿Cómo? -preguntó De Spain casi con amabilidad-. ¿Qué ha dicho?

-Lorenz no mató a Helen Matson por varias razones. Era un trabajo demasiado complicado para su mentalidad. Seguramente la habría derribado y la habría dejado estar. Además, no sabía que Greb estaba a punto de dejar la ciudad aconsejado por el doctor Austrian que, a su vez, fue advertido por Vance Conried, que ahora está en el norte para montar todas las coartadas que necesita. Y si Lorenz no sabía eso es porque no sabía nada de Helen Matson. Sobre todo porque Helen Matson nunca logró llegar hasta Conried. Sólo lo había intentado. Me lo dijo y estaba lo bastante borracha para decir la verdad. En consecuencia, Conried no habría corrido el absurdo riesgo de que la matase en su apartamento el tipo de hombre del que cualquiera se acordaría si es que lo veía cerca del apartamento. Liquidar a Matson en Los Ángeles fue harina de otro costal. Estaba lejos de su territorio.

-El Club Conried cae dentro de los límites de Los Ángeles -informó el jefe, nervioso.

-Legalmente, sí -reconocí-. Pero por su posición y su clientela está en las afueras de Bay City. Forma parte de Bay City..., ayuda a gobernar Bay City.

-Al jefe no se le habla así -intervino Pequeñajo.

-No se meta -dijo el jefe-. Hace tanto tiempo que no oía expresarse a alguien que piensa, que supuse que había caído en el olvido.

-Pregúntele a De Spain quién mató a Helen Matson -añadí.

De Spain rió ásperamente y replicó:

-Seguro, la maté yo.

El doctor Austrian apartó las manos de su rostro, volvió lentamente la cabeza y miró a De Spain. Su cara estaba tan mortecina e inexpresiva como la del corpulento e impasible detective. Se estiró y abrió el cajón de la derecha del escritorio. Pequeñajo desenfundó la pistola y dijo:

-Quieto, doctor.

El doctor Austrian se encogió de hombros y con calma extrajo del cajón un frasco de boca ancha con tapa de cristal. Abrió la tapa y se acercó el frasco a la nariz.

-Sólo son sales aromáticas -explicó hoscamente.

Pequeñajo se relajó y bajó el brazo con el que esgrimía el arma. El jefe me miró y se mordió el labio. De Spain no miró a nada ni a nadie. Sonreía al aire y siguió sonriendo.

-Él cree que me estoy burlando y usted cree que le tomo el pelo, pero hablo en serio -aseguré-. Conoció a Helen..., tanto como para regalarle una cigarrera dorada con su foto. La he visto. Era una foto pequeña, pintada a mano, bastante mala y yo sólo lo había visto una vez. Helen Matson me dijo que había sido un viejo amor que se agotó. Sin embargo, él ocultó que la conocía y esta noche no actuó precisamente como un policía. No me sacó de un aprieto ni investigó conmigo con tal de ser amable. Lo hizo para averiguar lo que yo sabía antes de que me colocaran bajo los focos de la central. No golpeó a Lorenz hasta dejarlo medio muerto sólo para que el pobre infeliz dijera la verdad. De Spain lo hizo para que Lorenz dijese todo lo que él quería que dijese, incluso para que confesara el asesinato de Helen Matson, a la que probablemente Lorenz no llegó a conocer. ¿Quién llamó a la central e informó sobre el crimen? De Spain. ¿Quién se presentó inmediatamente después y se coló en la investigación? De Spain. ¿Quién arañó el cuerpo de la chica en un ataque de celos porque lo había abandonado por un partido más interesante? De Spain. ¿Quién tiene todavía sangre y restos de cutícula bajo las uñas de su mano derecha, elementos con los que un buen químico de la policía puede averiguar muchas cosas? De Spain. Eche un vistazo. Yo ya lo he visto varias veces.

El jefe giró lentamente la cabeza, como si la tuviera sobre un eje. Silbó, la puerta se abrió y los otros agentes entraron. De Spain no se movió. La sonrisa continuó tallada en su rostro, una mueca vacía e inane que no significaba nada y que parecía imborrable.

-Y pensar que lo consideré mi compañero -murmuró De Spain-. Detective, veo que sus ideas son disparatadas, hay que reconocerlo.

-No tiene sentido -afirmó el jefe bruscamente-. Si De Spain la mató, fue él quien intentó incriminarlo y quien lo sacó del aprieto. ¿Cómo se explica?

-Averigüe si De Spain conoció a la chica y hasta qué punto. También puede averiguar qué ratos de esta noche no puede explicar y pedirle cuentas. Compruebe si hay sangre y cutícula bajo sus uñas y, dentro de los límites, si es o puede ser la sangre y la piel de la chica. Y si De Spain ya las tenía antes de pegar a Moss Lorenz, antes de pegar a nadie. No arañó a Lorenz. Es todo lo que necesita y todo lo que le puede servir, salvo una confesión. Y no creo que consiga una confesión. En cuanto a la incriminación, yo diría que De Spain siguió a la chica hasta el Club Conried o que sabía dónde estaba y fue personalmente. La vio salir conmigo y vio cómo la ponía en mi coche. Se enfureció. Me pegó y la chica estaba demasiado asustada para no ayudarlo a trasladarme a su apartamento. De todo eso no recuerdo nada. Sería bueno recordar, pero no puedo. Se las ingeniaron para subirme, se pelearon, De Spain le pegó y la asesinó con premeditación y alevosía. Se le ocurrió el disparate de que pareciese una violación y de convertirme en cabeza de turco. Después puso pies en polvorosa. Dio la voz de alarma, se metió en la investigación y yo me largué del apartamento antes de que me atraparan. Para entonces se dio cuenta de que había cometido un error. Sabía que yo era detective privado de Los Ángeles, que había hablado con Muñeco Kincaid y probablemente se enteró por la chica de que fui a ver a Conried. Pudo averiguar fácilmente que el caso Austrian me interesaba. Muy bien. Convirtió un juego estúpido en una jugada inteligente al seguirme la corriente con la investigación que yo intentaba realizar, al ayudarme, al conocer mi versión y, finalmente, al encontrar una víctima propiciatoria mucho más idónea para endilgarle el asesinato de la Matson.

De Spain dijo impávido:

-Jefe, dentro de un minuto me ocuparé de este tipo. ¿De acuerdo?

-Espere un momento -respondió el jefe-. ¿Por qué sospechó de De Spain?

-Por la sangre y la piel bajo sus uñas, el modo brutal en que trató a Lorenz y el hecho de que la chica me contó que había sido uno de sus amores y que él fingió no saber quién era la

Matson. ¿Qué más puedo pedir?

-Esto -respondió De Spain.

Disparó desde el bolsillo la automática de mango blanco que le había quitado al doctor Austrian. Disparar desde el bolsillo requiere una gran pericia y los polis no suelen tenerla. La bala silbó a treinta centímetros de mi cabeza, caí de culo al suelo, el doctor Austrian se dio la vuelta deprisa y dirigió la mano derecha hacia la cara de De Spain, la mano que sostenía el frasco marrón de boca ancha. Un líquido incoloro salpicó los ojos del detective y humeó en su rostro. Otro ser humano habría gritado. De Spain dio manotazos al aire con la izquierda y el arma que tenía en el bolsillo sonó tres veces más. El doctor Austrian cayó de lado sobre un extremo del escritorio y acabó en el suelo, fuera del campo de fuego. El arma siguió sonando.

Los demás cayeron de rodillas. El jefe levantó su pistola y disparó dos veces al cuerpo de De Spain. Con semejante cacharro habría bastado con un disparo. El cuerpo de De Spain se retorció en el aire y cayó al suelo como una caja fuerte. El jefe se acercó, se arrodilló a su lado y lo miró en silencio. Se irguió, rodeó el escritorio, dio unos pasos y se inclinó sobre el doctor Austrian.

-Éste está vivo -informó-. Weems, avise por teléfono.

El hombre fornido y de cara regordeta rodeó el otro lado del escritorio, cogió el teléfono y empezó a marcar. En el aire predominaba un agudo y desagradable olor a ácido y a carne quemada. Volvíamos a estar de pie y el menudo jefe de policía me miraba desolado.

-No tendría que haber disparado contra usted -dijo-. No habría podido demostrar nada. Nosotros no se lo habríamos permitido.

Guardé silencio. Weems colgó y contempló al doctor Austrian.

-Me parece que la ha diñado -dijo desde detrás del escritorio.

El jefe no dejaba de mirarme.

-Señor Dalmas, corre riesgos espantosos. Ignoro cuál es su juego, pero espero que le gusten las cartas que le han tocado.

-Me doy por satisfecho. Me habría gustado hablar con mi cliente antes de que lo matasen, pero creo que he hecho cuanto podía por él. Lo más triste es que De Spain me cayó bien. Tenía las agallas que hay que tener.

-Si quiere saber de agallas, pruebe a ser jefe de policía de una ciudad pequeña -replicó el jefe.

-Sí. Jefe, dígale a alguien que envuelva con un pañuelo la mano derecha de De Spain. Me parece que ahora necesitará las pruebas.

Una sirena gimió en la lejanía, por Arguello Boulevard. El sonido atravesó la noche triste de Bay City y se coló débilmente a través de las ventanas cerradas, como el de un coyote que aúlla en las colinas.